
La chica desnuda en
un barril del callejón
Juan Carlos Boveri

Imagen: La chica en el barril - JB

El cuerpo desnudo y aún vivo de una mujer fue encontrado en un barril de vino, en un callejón, a unas cuadras de la Plaza San Marcos, en Venecia. La mujer se encontraba drogada con heroína y alcoholizada con anís turco y vino Amarone. Su cabeza estaba en el fondo del barril y sus piernas colgaban hacia afuera. Su nombre era Amélie Bailly-Durand y, un día antes, se había encontrado en el puente de Rialto con Mirklo Dvanovic.

Hasta el día anterior, Amélie y Mirklo nunca se habían visto. Ella era muy delgada, su cabello claro y su rostro, bello y pálido. Mirklo tenía luminosos ojos grises y las severas facciones de los héroes griegos. Apenas intercambiaron unas palabras y quedaron en un repentino silencio. Desde el puente de Rialto, podían ver cómo el tibio sol del atardecer, perdida ya su intensidad, iluminaba las serenas aguas del Gran Canal incrustando en ellas descoloridos rombos dorados. Lenta y paciente, una góndola se alejaba dejando un vago resplandor sobre las aguas.

¿Qué ocurrió entre esos instantes y la aparición de Amélie Bailly-Durand en un barril de vino? El destino había decidido que, desde diferentes sitios del mundo, hombres y mujeres por completo ajenos a ellos fueran dando las puntadas que formarían una tela invisible que los envolvería hasta convertirlos en protagonistas de una historia singular. Seguiremos uno de los múltiples caminos que pudieron conducirlos al encuentro

inevitable en el puente de Rialto, sobre el Gran Canal, en Venecia.

****

Solomón Gothe se escapó del manicomio. Consideró que no tenía nada más que hacer en un sitio como ese y decidió irse. Con las manos en los bolsillos, caminó tranquilamente hacia la puerta, saludó a los vigiladores y salió a la calle.

Cruzó la vereda, entró al hotel ubicado enfrente del manicomio y pidió una habitación con vista a la calle. El hotel era tan confortable como un chiquero de chanchos. Había ratas y cucarachas caminando por los pasillos. Las paredes estaban descascaradas y olían a humedad. Las maderas de los pisos crujían a cada paso y parecían hundirse en cualquier momento. Solomón pagó un día por adelantado. Era casi todo el dinero que tenía. Lo había escondido en el agujero de su culo para que los enfermeros del manicomio no se lo robaran.

El encargado del hotel, al que le decían El Choto, un tipo barbudo, con una remera roñosa y los dientes amarillos, se quedó esperando el pago.

Solomón se bajó los pantalones y los calzoncillos. Se inclinó hacia adelante y metió un dedo en su culo hurgueteando hasta encontrar el billete, al que había enrollado en un carretel de hilo y atado con una gomita. El extremo del ca-

rretel se asomó fuera del culo. Solomón lo tomó con dos dedos, dio un ligero tirón y el dinero estuvo en su mano. Lo desenrolló extendiéndolo sobre el mostrador de la recepción y se lo entregó a El Choto. Este tipo era un mugriento. Mientras Solomón se sacaba el billete del culo, tenía un dedo grueso, con la uña negra de suciedad, metido en la nariz. Sacó un largo moco verdoso, lo amasó con el pulgar y el índice hasta formar una bolita que apoyó en el mostrador y que lanzó por el aire golpeándola con un tinque de dedo índice, como si le hubiera pegado a la pelota con un palo de golf. Agarró el billete, lo metió en un cajón, y dijo que la pieza no tenía llave porque la puerta estaba rota. La había roto a hachazos un austriaco al que habían dado de alta el día anterior en el manicomio.

En la pieza vivía una puta y el austriaco la tomó como esposa. Cada vez que la puta recibía un cliente, el austriaco empezaba a patear la puerta. Tres o cuatro veces, los clientes de la puta le rompieron la cara a trompadas. El austriaco medía 1.60 metros y pesaba 56 kilos. Cansado de ser trompeado, consiguió un hacha y hachó la puerta. Por el agujero que hizo, el cliente de la puta pasó el brazo y le enterró un cuchillo en el pecho. El austriaco bajó la escalera arrastrándose y le pidió a El Choto que le sacara el cuchillo. El Choto le dijo que el cuchillo estaba metido hasta el mango y que sería mejor que se muriera de una vez así no sufría más.

El austriaco estuvo tirado en el hall de recepción cinco horas sin que nadie le sacara el cuchillo ni llamaran a alguien para que lo ayudara. Los que entraban y salían tenían que levantar los pies para poder pasar por encima de él.

La puta salió a hacer la calle y, al verlo en los últimos estertores, se arrodilló junto a él. Le revisó los bolsillos, le sacó unos pocos pesos y una birome. Le dijo a El Choto que no era un lindo espectáculo tener un muerto en la entrada del hotel. El Choto le contestó que estaba esperando que llegara Manfredi, que era una especie de dueño aunque no era el dueño porque, en forma ilegal, había ocupado la casa, que estaba vacía, y la había convertido en hotel. No lo clausuraban porque, todos los meses, sobornaban a los inspectores municipales.

Entre Manfredi y El Choto, cuando se hizo de noche, cargaron al muerto hasta la vereda de enfrente, lo apoyaron contra el paredón del manicomio, buscaron una escalera, y, con Manfredi empujando de abajo y El Choto cargando de arriba, pusieron al austriaco encima del tapial, medio cuerpo adentro, las piernas colgando para el lado de afuera. El Choto lo empujó y el austriaco cayo en el jardín del manicomio.

Al cadáver lo encontraron a la semana. Lo descubrieron por el olor a podrido. Había quedado en medio de un yuyal. Lo envolvieron en una bolsa agujereada y lo llevaron al cementerio para incinerarlo. Uno de los enfermeros del manicomio le sacó el cuchillo porque podía servirle para comer

asado o por si se volvía a pelear con el vecino drogadicto con el que compartía la medianera de su casa.

De este modo, la pieza que ocupaba Solomón tenía puerta, podía cerrarla, pero cualquiera que pasara podía verlo rascándose los huevos en la cama.

****

A la mañana siguiente, Solomón se despertó al mediodía. Como había dormido vestido, se levantó sin titubeos, fue hasta la ventana y, durante un rato, miró con nostalgia el edificio del manicomio. De pronto, recordó que tenía que ganar plata suficiente como para pagar el cuarto.

—No hacemos reservas a nadie —le dijo El Choto con la boca llena de fideos—. Si quiere la pieza, tiene que pagar todo por adelantado.

El Choto estaba comiendo tallarines con tuco en el mostrador de la recepción. Tenía la camisa manchada de salsa. Una de las mangas, también, estaba manchada pero no de salsa sino de vino. Con esa manga, se limpiaba la boca y el cuello cuando tomaba el vino de una jarra con forma de pingüino y se chorreaba porque le erraba a la boca.

Solomón permaneció pensativo. No estaba dispuesto a perder su nuevo hogar. Siempre había sido previsor y, en realidad, todavía tenía una reserva de dinero. La

había conservado mucho tiempo para usarla solamente en caso de una emergencia. Consideró que esto lo era.

Se bajó los pantalones y el calzoncillo. Solomón había envuelto su poronga, con excepción del agujerito para mear, con un par de billetes. Los había sostenido con cinta aislante color negro. Con mucho cuidado fue quitando la cinta. Tomó los billetes, los estiró sobre el mostrador aplastándolos con la mano. El Choto los metió en el cajón; imprevistamente, pareció ver algo y, por un momento, desapareció bajo el mostrador. Reapareció con la mano llena de un puñado de fideos que se le habían caído al piso. Los metió en su boca y, mientras masticaba, dijo que la plata alcanzaba para dos días.

Solomón respiró tranquilo. Podía decir que ya tenia un hogar. Salió a la calle y comenzó a caminar con alguna dificultad. Notó que algunas personas lo miraban. No le dio importancia. Des-pués de tres cuadras en las que empezaba a convencerse que tenía reuma, se dio cuenta que no se había subido los pantalones ni el calzoncillo y que había caminado maneado. Le dio una gran alegría. No era reuma ni el comienzo de una parálisis. Cuando se estaba acomodando los pantalones, decidió ganarse la vida como artista plástico.

La idea se le ocurrió al ver a un camión de reparto de coca-cola. Aprovechó una distracción de los empleados que estaban descargando los cajones, y se apropió, con el derecho que otorga la creación artística, de tres botellas vac-

ías. Unas cuadras más adelante, levantó del piso un pedazo de cartón. Comprendió que el destino lo llevaba de la mano cuando sintió ganas de cagar. Entró a un bar decorado al estilo pocilga, fue al baño, pisó las meadas y, viendo que el inodoro estaba todo cagado, se sentó en el mingitorio y cagó un enorme sorete que se quedó mirando. No recordaba haber cagado un sorete tan largo y tan lleno de parásitos de un delicado color blanco como ese. Buscó papel pero no había. Se quitó un zapato y se limpió el culo con la media. Luego, con mucho cuidado, tomó con las dos manos el sorete y lo depositó sobre el cartón. Fue meando en las botellas de coca-cola hasta que hubo pis en las tres.

Feliz con su trabajo, sin la menor duda de tener frente a él un destino de grandeza, se dirigió a una galería de arte.

El marchand se mostró muy interesado. Solomón reunía las condiciones que todo gran artista debe tener: había sido internado en un manicomio, el padre le había rajado la cabeza de un ladrillazo, la madre lo abandonó para dedicarse a la prostitución, había sido alcohólico, consumidor de opio y hachís, tenía diecinueve intentos de suicidio. Su obra reproducía su propia vida. La suya era una mirada profunda, oscura y crítica a la so-ciedad de consumo. Las tres botellas de coca-cola llenas de orín de cerdo, toro y perra en celo (como dijo Solomón) eran una evidente alegoría de la Santísima Trinidad. La media cagada, un símbolo del hombre pisan-

do sobre un suelo impregnado de la mierda que es la sociedad toda. Y el sorete sobre el cartón, una representación del poder y la injusticia (el sorete) sobre los pobres, los miserables de este mundo (el cartón, que traía reminiscencias de los cartoneros). Las tres obras fueron vendidas a coleccionistas estadounidenses. Y dos de ellas fueron exhibidas en el Museo de Arte Moderno de New York.

Solomón estaba contento. Acostado en su cama del hotel, miraba el cielo raso completamente rajado y pensaba que ese cielo raso era su propio cielo.

Cuando, a los pocos días, un pedazo de cielo raso le cayó encima de la cabeza y tuvo que recibir quince puntadas para cerrar la herida, Solomón lo entendió como un mensaje: el cielo bajaba hasta él. Se puso tan contento que compró una pizza de muzzarella y se la comió entera sentado en la ventana, con las piernas colgando hacia la calle.

****

Solomón adoptó como costumbre sentarse en la ventana, con las piernas colgando hacia afuera, y tomar mate con bizcochos de grasa. Ya era un artista plástico consagrado por los críticos y todo lo que hacía se consideraban excentricidades propias de su genialidad.

Solomón estaba masticando un bizcocho cuando vio a una vieja con un vestido anaranjado y lunares blancos. Desde lejos, le pareció que la tela era la misma que la del toldo que había visto en el patio del hotel.

—¡Eh, loco de mierda! ¿Te acordás de mí? —le gritó la vieja, parada en medio de la calle.

Solomón trató de reconocerla. Pero su memoria no iba más allá de once horas antes.

—¡Soy La Poeta! ¿Oíste?

Solomón movió la cabeza afirmando.

—Estoy al pedo así que voy a subir a tomar mate.

Solomón volvió a mover la cabeza afirmando, incluso sonrío.

La Poeta entró a la pieza y fue hacia la ventana.

—Correte, así me siento —le dijo.

Apoyó el traste en la ventana y dejó las piernas colgadas para el lado de afuera.

—¡Che, qué linda vista! Te estás dando la gran vida. Dame un mate y un bizcocho. ¡Ay, la puta! ¡Se me cayó una chancleta!

—Ahí tenés otra —le dijo Solomón, señalándole el otro pie–. Ponete esa.

La Poeta se sacó la chancleta del pie derecho y se la puso en el izquierdo. Dijo:

—Me hacés acordar a Rimbaud. Ese la tenía clara como vos. Mandó a la mierda a los poetas y la poesía y se fue al Etiopía a hacerse traficante de armas. Lo que más le gus-

taba era el oro. Los versos se los pasaba por el orto. Siempre dije que era un chorro. Para mí, se afanó todo lo que escribió. Mirá si alguien va a escribir lo que dicen que escribió y abandonar la poesía a los diecinueve años. Rimbaud es un invento de Verlaine, que se lo garchaba. Verlaine escribió *Las iluminaciones* y le dio el honor a su amante preferido. ¡Muéranse de una vez, bosta de hienas putas!

—Me parece que ya se murieron hace como ciento veinte años —dijo Solomón.

—¿Viste los cadáveres? No te creas lo que te dicen los yanquis. Te dan las noticias por la televisión, las palabras que usan te hipnotizan y terminás con el cerebro aplanado. Ya no podés pensar por vos mismo. Y terminás creyendo cualquier cosa. ¡Ojo con la tosca!

La Poeta se inclinó hacia adelante, mirando la vereda.

—¡Dejá esa chancleta que es mía! —gritó La Poeta. Un muchacho gordo y con la espalda encorvada la tenía en la mano.

—¡Dejala ahí! —volvió a gritar La Poeta.

Solomón estaba tomando un mate cuando vio cómo La Poeta, que se había ido inclinando de a poco, se cayó de cabeza. Hubo un ruido fuerte. Como de un cráneo partiéndose contra las baldosas. El muchacho gordo aprovechó para sacarle a La Poeta la chancleta que, todavía, tenía en el pie. Con el par completo metido en una bolsa, se subió a una bicicleta que había robado y se fue.

Pasó un buen rato y, desde arriba, Solomón no veía que La Poeta hiciera algún movimiento.

—¿Y esta vieja de dónde se cayó? —preguntó El Choto que, aunque demoró bastante, salió al escuchar el ruido de La Poeta partiéndose la cabeza contra la vereda.

Desde la ventana, Solomón se encorvó de hombros.

El Choto entró al hotel y volvió a salir con un martillo. Tomó a la vieja de las piernas, la corrió hasta sacarla de la vereda y la dejó en el medio de la calle. Le pegó tres o cuatro martillazos en la cabeza y en las costillas para que pareciera que la había pisado un camión. Después, se fue para adentro a tomar un fernet con soda.

—No hay que andar deseándole el mal a la gente. Todo vuelve —dijo Solomón metiéndose un bizcocho en la boca—. Miremos lo que le pasó a esta vieja por andar hablando mal de Rimbaud y Verlaine. La vida es como un frontón de pelota a paleta. La pelota pega en el frontón y vuelve. Hay que ser muy hábil para rechazarla con la paleta e impedir que te pegue en la nariz.

****

Como Solomón tenía una memoria que alcanzaba hasta once horas atrás, si nadie le recordaba las cosas, se olvidaba. Y se olvidó que se había convertido en un cotizado

artista plástico. Al no volver a verlo, el marchand no cabía en su cuerpo de tanta alegría que le provocó la desaparición de Solomón. Sin duda, se había suicidado degollándose por un desencanto amoroso. Solomón estaba perdidamente enamorado de una bailarina ninfómana y, al ser rechazado por ella, lo que era un terrible desprecio ya que la ninfómana tenía relaciones sexuales hasta con perros, bebió vodka mezclada con ginebra durante cinco días seguidos y, finalmente, rompiendo una botella, se abrió el cuello de oreja a oreja. La historia de la patética vida y espantosa muer-te de Solomón quedó incorporada a los catálogos de arte y el Museo de Arte Moderno de New York le duplicó el sueldo al curador que aconsejó la compra de sus obras.

Entretanto, Solomón estaba en la panadería comprando medias lunas y bizcochos de grasa para el mate.

—Le vendo si la plata la tiene en el bolsillo —le dijo la panadera, una mujer gorda con cara de orto—. Ni se le ocurra volver a bajarse los pantalones y darme esos billetes cagados con los que siempre paga.

Solomón se quedó pensativo. Un remoto recuerdo llegó a su mente. Se sacó el zapato negro del pie izquierdo (en el pie derecho usaba una zapatilla colorada de básquet). Al no poder mantener el equilibrio parado en un solo pie, se sentó en el suelo. Adentro de la media, tenía un billete. Se lo dio a la pa-

nadera. Ella lo agarró con la pinza de las facturas y lo metió en la caja registradora.

La panadera, a la que llamaban La Culona, saludó a Solomón y se dedicó a vigilar a su marido. Hacía días que sospechaba de él y de la nueva empleada. Sus sospechas tenían fundamento. Cristobal, el esposo de la panadera, había violado a la empleada arriba de las bolsas de harina. Para conseguir su fin, le rompió cuatro dientes de una trompada y la amenazó con tirarla adentro del horno si contaba algo. Teresita, que hasta ese día, había sido virgen, no tuvo más remedio que aceptar. Precisaba del trabajo y no pensaba irse hasta que Cristóbal le pagara el arreglo de los dientes.

Dos días después de la violación, Cristóbal volvió a abusar de ella. Como decidió perforarle el ano y Teresita comenzó a gritar, le metió la cabeza en la harina de la bolsa y se la sostuvo así hasta quedar satisfecho. Teresita estuvo a punto de morir asfixiada, pero pudo recuperarse. Resignada a seguir siendo violada y a que le rompieran la ropa, comenzó a usar el uniforme de trabajo sin ponerse nada abajo. Esto fue lo que advirtió La Culona y la consideró una putita barata, de esas que no paran hasta levantarse al dueño. Así fue que los sorprendió en pleno acto sexual.

Cristóbal estaba sin pantalones y Teresita, que se había resistido todo lo que pudo, completamente desnuda, atada de pies y manos y puesta como un crucificado con-

tra una pared a la que estaba sujetada con alambres. Tenía un pan flauta metido en el culo y Cristóbal lo empujaba con las dos manos queriendo meterlo entero. Para que no gritara, le había llenado la boca con corchos de botellas de vino y el calzoncillo que se sacó.

La Culona se lanzó sobre ella gritando como uno de esos indios de los malones.

—¡Hija de puta! ¡Meterte con mi marido y en mis narices! ¡Te voy a reventar!

La Culona le dio unas cuantas trompadas rompiéndole cinco dientes más, le quebró la nariz, una costilla, y la hizo tragarse los corchos. La Culona la arrastró de los pelos hasta la calle y la dejó tirada como a una bolsa de basura. Sin perder tiempo, fue a la comisaría y presentó una denuncia contra Teresita: le había robado toda la plata de la caja. Teresita necesitó varios meses para recuperarse y, después, fue presa. En la cárcel, el primer día, la violaron siete mujeres. Al otro día, la violaron el director de la cárcel y un pastor protestante. Quedó embarazada. La jueza consideró que Teresita no podía hacerse cargo del hijo. Se lo sacó apenas nacido y lo dio en adopción.

****

Alguna vez, Solomón había visto un cuadro en el que Lot y sus hijas estaban todos desnudos. Desde entonces,

todas las noches, soñaba que tenía relaciones sexuales con sus dos hijas. Se despertaba excitado, pero sin culpas. Solomón no tenía hijas. Tampoco hijos. Se había casado con Rebeca Kaplan, a la que le faltaba una oreja.

Rebeca perdió la oreja en una pelea con la Turca, que vivía en la casa de al lado. Las dos mujeres se agarraron a trompadas en la vereda, se revolcaron por el piso, se tiraron de los pelos, se rasguñaron. La Turca le mordió la oreja, se la arrancó y la escupió en la alcantarilla. Rebeca le mordió el culo y le sacó una lonja. Todos los vecinos las estaban mirando pero no querían separarlas porque era muy entretenido. Incluso, los dos policías demoraron en interrumpir la pelea. Rebeca y la Turca quedaron con las tetas al aire, las piernas y los brazos llenos de moretones y mordiscos, las caras enrojecidas por las trompadas y cachetadas, los diente flojos, y sin oreja, una; y con una pedazo de culo menos, la otra.

Todos pensaron que era una disputa racial por ese tema que una era turca y la otra judía. Pero no. A la Turca le decían así pero, también, era judía. El problema se produjo a causa de ser lesbianas. La Turca no le perdonaba a Rebeca que la hubiera engañado con la peluquera. Para vengarse bien vengada de La Turca, Rebeca se casó con Solomón. Sabiendo que las paredes eran delgadas y desde el dormitorio de la Turca se escuchaba si hablaban en voz alta, cada noche gritaba como si la estuvieran perforando con un taladro.

La realidad era que Solomón probó ciento dieciséis veces pero no pudo penetrarla. Lo intentó todo. Se encerraba en el baño con varias revistas pornográficas, las esparcía por el piso mirándolas y tocándose hasta obtener la erección. Desnudo y con el miembro parado, corría al dormitorio. «¡Sacate la bombacha, rápido!», gritaba. Rebeca, con bastante desgano, se la sacaba, abría las piernas y no dejaba de pintarse las uñas. Solomón se le ponía encima y, de inmediato, todo su poderío se convertía en una vainilla mojada en té con leche.

Rebeca volvía a ponerse la bombacha, pasaba a pintarse las uñas de los pies y le decía:

—Tenés que reconocer que sos puto. Liberate. El verdulero es puto viejo y te mira con buenos ojos. Andá con él y aceptá que nunca vas a ser uno de esos machos a los que las mujeres les arañan la espalda.

Solomón comenzó a dudar de su sexualidad y decidió probarse a sí mismo. Aprovechando que estaba solo en la casa, se metió una zanahoria en el culo. Al principio, le dolió un poco. La zanahoria era gruesa y larga y un pedazo quedó afuera del agujero. Con las piernas separadas, comenzó a pasear desnudo por las habitaciones, como para ir comprobando si la zanahoria le daba algún placer. Al tener una memoria de corto alcance, se olvidó que, la noche anterior, Rebeca le había dicho que iría a buscar a su suegra y a su hermana a la estación de micros porque llegaban desde Rosario para

quedarse unos días de visita y hacer unos trámites.

Cuando la puerta de calle se abrió, Solomón no reaccionó. Se quedó de pie, desnudo de pies a cabeza, mirando a las tres mujeres.

—¡Pero este hombre tiene una zanahoria en el culo! —dijo la suegra de Solomón.

Así fue que Rebeca lo echó a Solomón, se amigó con la Turca y juntas experimentaron con zanahorias y berenjenas.

Todo lo que tenía Solomón, quedó para Rebeca. No porque ella le hiciera juicio o le robara, sino porque él no tenía ningún recuerdo que no fuera de las últimas once horas. Si no le hacían acordarse, seguía con su vida. La vida de Solomón nunca tenía pasado.

Al separarse de Rebeca, se fue a vivir a una villa miseria. Encontró una casa, que tenía unas chapas por paredes y un techo, también, de chapa agujereada por donde caía el agua cada vez que llovía. El piso era de tierra y a Solomón le parecía más có-modo. Orinaba directamente en el suelo. Hacia caca y la tapaba con tierra. La casa había quedado vacía porque el dueño, el Rulo, fue asesinado. La vecina de enfrente, la Ester, que había sido su mujer y con la que había tenido seis hijos, le echó querosén encima mientras estaba durmiendo y lo prendió fuego. El Rulo se despertó al sentir el calor y salió corriendo. La Ester se moría de la risa y le dijo a su nueva pareja, El Paraguayo cantor, que saliera a ver el espectá-

culo y que se apurara porque, de un momento al otro, de el Rulo iban a quedar las cenizas. El paraguayo cantor le contestó que lo dejara de embromar, que no le gustaba andar metiéndose en asuntos ajenos. Al rato, el Rulo quedó carbonizado. A la Ester le dieron veinticinco años de cárcel y El Paraguayo cantor puso a los seis hijos de la Ester a vender estampitas. Cuando los chicos crecieron, a los varones les enseñó a robar y a las chicas a trabajar de putas.

Solomón ocupó la casa a los dos días de la incineración de el Rulo y fue bien recibido por los vecinos porque llegó con una bolsa de dos kilos de cocaína que no recordaba de dónde había salido. Para ganarse unos pesos, la rebajaba con harina y bicarbonato de sodio y conseguía una buena ganancia. Solomón siempre se adaptaba a lo que la vida lo llevaba a hacer.

****

La venta de cocaína creció. Unos bolivianos le ofrecieron entregarle todos los meses una buena cantidad que Solomón podría vender al triple. La vendió cinco veces más cara y sacando ventajas envolviéndola en papelitos más gruesos, lo que hacía que nunca hubiera un gramo de cocaína sino un poco menos, lo que era bastante para hacer mayores las ganancias. En seis meses, Solmón se convirtió en el jefe de una banda de narcotraficantes. Todos lo respetaban y le temían. Se

había convertido en un hombre poderoso con conexiones con políticos y policías. Aseguraban que había mandado a mandar a cuatrocientas personas, a las que debían añadirse sus esposas, hijos y padres, lo que daba un total superior a las mil.

Le ofrecieron una casa en un country y se mudó de inmediato. En las mañanas, tomaba sol junto a la piscina mientras dos chicas de doce años se bañaban desnudas. Las mayores de trece, le parecían viejas. Sus preferidas eran las muchachas vírgenes de nueve a diez años. Con las niñas, lo único que hacía era manosearlas porque toda su potencia viril parecía haber desaparecido para siempre, si es que alguna vez la había tenido. Su mano derecha era Macho Cabrío, un árabe homosexual que secuestraba a las niñas para llevárselas a su patrón.

Macho Cabrío medía un metro noventa de alto, pesaba cien kilos, y de una trompada mató a un hombre. Un enano de circo al que golpeó en la mollera y le hundió la cabeza en el cuello. Macho Cabrío tenía una voz grave y su mirada atemorizaba. Pero algo lo perdía: era muy enamoradizo. Su anterior patrón lo echó por no cumplir con sus órdenes. Macho Cabrío debía asesinar a León Trelles, que no había pagado lo adeudado. El problema fue que entró a la casa de León cuando se estaba bañando. Esperó que saliera de la bañadera y estaba a punto de pegarle tres balazos cuando, al verlo completamente desnudo, bronceado, mojado, y con un miembro viril grueso como un brazo, quedó paralizado. Macho Cabrío

terminó boca abajo en la cama con León Trelles montándolo y haciéndolo gritar y gemir de placer.

Una noche, Solomón se emborrachó y se quedó dormido bajo un árbol de su jardín. Al despertar, como había dormido doce horas seguidas, no sabía qué estaba haciendo ahí. Vio a cuatro niñas de diez años teniendo sexo entre ellas mientras una cámara las filmaba. Horrorizado, escondiéndose para no ser visto, consiguió salir de la casa.

Desde un teléfono público, llamó a la policía y denunció a los degenerados. Macho Cabrío y varios narcotraficantes fueron presos gracias a la denuncia de Solomón. Él se sentó en un banco de la plaza asqueado del mundo en que vivía. Vio una rama en el piso. La levantó, la mordisqueó en la punta, tratando de afilarla, y, con un violento golpe, se la clavó en el pecho con la intención de suicidarse. La rama se quebró y le hizo una pequeña herida de la que empezó a sangrar. En minutos, la camisa de Solomón estaba manchada de sangre. Con el pelo revuelto, los brazos abiertos en cruz, como un cristo, se paró en medio de la calle para que un auto lo pisara. Le tocaban bocina, lo insultaban y lo esquivaban. Terminó en una comisaría por obstaculizar el tránsito. Iban a llevarlo al manicomio pero Solomón se aburrió de esperar y se fue. Nadie se dio cuenta.

En la calle, miró a su alrededor como para ver hacia dónde ir. Ya no se acordaba de las niñas, los narcotrafi-

cantes ni la denuncia. Tampoco que se había querido suicidar con una rama. En lo único que podía pensar era en el hambre que tenía. Encontró unas bolsas de basura. Revolvió un poco y encontró unas presas de pollos masticadas y unos ravioles fríos y viejos. Puso el pollo y los ravioles sobre una hoja de papel de diario y se sentó en el cordón de la vereda para cenar. Al terminar, se sintió satisfecho.

Antes de irse a dormir, hizo pis contra un árbol y se arrodilló para rezar un padrenuestro. No pudo rezar porque nun-ca lo había aprendido y, si lo supo alguna vez, lo había olvidado hacía mucho. Un tanto molesto por no cumplir con sus obligaciones religiosas, sin acordarse de que nunca las había cumplido, se acostó en la vereda, al lado de la pared. Había encontrado dos buenas cajas de cartón. Las puso de la forma adecuada y se metió adentro. Solamente los pies le quedaron afuera. Se sacó los zapatos para estar cómodo y, empezó a tirarse pedos. Puso una mano adentro del pantalón, sobre el culo, se tiró un pedo y, con rapidez, llevó la mano a la nariz para sentir el olor. Era una costumbre que mantenía desde la niñez. Se olvidaba de todo, menos de olerse los pedos en la mano. Contento de haber comido y de tirarse pedos con olor a ravioles, se quedó dormido. Tuvo un sueño que muchas veces había tenido: era un sacerdote dominico que llegaba a América en La Pinta, una de las carabelas del viaje de Colón. Había indios. Él les pegaba latigazos, violaba a las mujeres, les robaba el

oro. Luego, juntaba cien o doscientos indios y los quemaba en una hoguera gigantesca alrededor de la que bailaban las indias desnudas. Recibía una carta del Papa alabando su tarea evangelizadora. Al morir, sería propuesto para la beatitud. Al terminar de leer la carta, estrangulaba a una india vieja porque le había puesto mucha pimienta a la comida. Se despertaba con una sensación de bienestar. Como si hubiera hecho una obra de bien. Esta vez, como en las anteriores, se despertó con esa sensación, pero tuvo una sorpresa: le habían robado los zapatos. No se puso a pensar en eso y se fue caminando descalzo con el mismo paso firme y seguro que habría tenido de haber sido embajador en Londres y estuviera entrando al Palacio de Buckinham.

****

Caminando y disfrutando del aire contaminado de la ciudad, llegó frente a una zapatería. Miró los zapatos de la vidriera y entró. Moisés Serebrinsky lo observó de pies a cabeza. Solomón tenía la camisa manchada de sangre, el pelo revuelto, los pantalones arrugados, las medias rotas y andaba descalzo. De todos modos, era un cliente y nunca puede saberse si se trata de un indigente o un excéntrico. A Moisés tendrían que retorcerle los testículos con una tenaza para que dejara escapar a un posible comprador.

Mientras Solomón se probaba los zapatos, Moisés se puso a conversar con un cliente que acababa de entrar. El cliente era rubio, alto, de ojos azules, un ario digno de la época nazi. Incluso, tenía acento alemán y se llamaba Joseph, en honor a Goebbels. En la conversación, Joseph nombró a Hitler y dijo que su abuelo había pertenecido a las SS. Elogió la valentía del soldado ale-mán y afirmó que nadie podía dudar de la superioridad de la raza aria. Moisés quería venderle un par de zapatos y evitaba ofuscarse así que se limitó a mover la cabeza para uno y otro lado mientras fingía una sonrisa.

—Los judíos son una raza inmunda. Hitler fue demasiado compasivo. Faltaron hornos crematorios para exterminar a esa lacra. ¿Usted qué opina?

Moisés era vendedor y le gustaba el dinero, pero, a fin de cuentas, tenía algunas convicciones. Le contestó:

—Mis abuelos murieron en Auchswitz. Mi padre y sus hermanos fueron sacados del ghetto de Varsovia y llevados a Treblinka. Mi padre pesaba ochenta kilos y, al terminar la guerra y ser liberado por los aliados, su peso era de treinta kilos.

—Lo que siempre digo, los judíos son como las cucarachas: resisten todo. O sea que usted es igual a una asquerosa cucaracha. Hijo de un inmundo judío que escapó como un cobarde a su deber de morir en las cámaras de gas junto a los suyos.

Con paciencia, Moisés, murmuró:

—Señor, soy un ser humano. Mi padre, también, lo era. No hay nada de malo en ser judío.

—¡Judío de mierda, querrá decir!

Solomón ya se había probado más de setenta pares cuando sintió ganas de orinar, así que empezó a mear adentro de las cajas de los zapatos mientras miraba al nazi y al judío que empezaban a acalorarse y se habían olvidado por completo de él.

—Usted es un nazi inmundo. ¡Váyase del negocio! —gritó Moisés, que ya no pudo seguir conteniéndose, y que, al hacerlo, sintió como una puñalada en el alma provocada por la pérdida de la venta segura de un par de zapatos bastante caros.

El cliente nazi lo escupió en la cara. Sacó una navaja y, tomándolo del cuello, lo hizo caer al suelo. Con una mano, lo estrangulaba mientras, con la otra, le cortaba el pecho dibujando una cruz esvástica.

Solomón terminó de mear, se la sacudió y la guardó en el pantalón. Miró de reojo al cliente nazi, que estaba haciéndole otra cruz esvástica a Moisés, esta vez, en la frente y bastante más prolija que la anterior. Moisés no paraba de gritar pidiendo ayuda. Solomón se acercó, miró las cruces del pecho y la frente. Tocó en el hombro al cliente nazi.

—Otra en la espalda puede quedar bien —le dijo.

El cliente nazi, con los ojos desorbitados, miró a Solomón y asintió con la cabeza. Puso boca abajo a Moisés

y rompiéndole por completo el saco y la camisa, le marcó una cruz esvástica desde el cuello al coxis y de lado a lado. Al terminar, miró a Solomón, que aprobó levantando el pulgar hacia arriba.

—En las nalgas tiene lugar para dos más —dijo.

El cliente nazi sonrió como gesto de agradecimiento y bajó los pantalones de Moisés. En cada nalga le marcó una cruz esvástica. Con Moisés moribundo y tatuado, se dio por satisfecho. Estaba muy cansado y moverse tanto le había dado hambre. Le dio la mano a Solomón y se fue al restaurante de enfrente a comer unas salchichas.

Solomón echó una mirada a Moisés, que se desangraba en el piso, gimiendo de dolor.

—Me llevo estos —le dijo, refiriéndose a los zapatos.

Se fue sin pagar porque no tenía plata. Después de unas diez cuadras, se dio cuenta que se había llevado un zapato negro y otro marrón. Se puso contento. Combinarían con toda clase de ropa. Su alegría aumentó cuando se metió en una obra en construcción, preguntó si precisaban gente altamente capacitada y le dieron el trabajo.

—Estamos atrasados con la obra y precisamos gente con experiencia —le dijo el capataz—. ¿Se considera capacitado para dirigir una cuadrilla de paraguayos vagos de mierda?

—¿Y a mí me lo dice? —contestó Solomón.

El capataz entendió que había querido decir que sabía mucho de construcción pero Solomón una sola vez había hecho algo como eso.
Su madre le pidió que pintara el living de la casa. Empezó a pintar una pared de azul y, hacia la mitad, la siguió pintando de violeta. La siguiente pared, la pintó de rojo con lunares blancos. A la tercera no llegó porque su madre volvió de hacer las compras y le partió dos costillas al tirarle el balde de pintura contra la espalda.
Solomón quedó de rodillas, agarrándose la espalda. La madre lo tomó del pelo, echándole la cabeza hacia atrás, le metió el pincel en la boca y el papel de lija y le hizo tragar medio litro de aguarrás. Solomón estuvo muy grave y se salvó de milagro. Pero no se hizo ningún problema porque a las once horas se había olvidado de todo.

****

Como no tenía ni la menor noción de cómo preparar la mezcla, decidió protestar por los malos tratos. No había pasado una hora desde que Solomón fuera contratado que ya la obra estaba parada. Arengó a los obreros y todos estuvieron de acuerdo en pedir el doble del jornal, desayuno, almuerzo, merienda y un vale para la cena. Cinco horas diarias de trabajo, con una hora de descanso. Vacaciones de sesen-

ta días sin contar feriados y gastos de transporte a cargo de la patronal: un taxi tendría que pasarlos a buscar por sus casas y llevarlos de regreso al fin de la jornada. Todos fueron despedidos. Otros obreros se negaron a aceptar la medida y pidieron la inmediata reincorporación. Solomón encabezó la lucha. El gremio fue a la huelga y Solomón comenzó su carrera como sindicalista.

Después de una semana con los obreros negándose a trabajar, la patronal aceptó negociar. Solomón se presentó a la reunión dispuesto a defender más allá de todo sacrificio los inalienables derechos de los trabajadores, como aseguró en la asamblea, recibiendo una ovación de pie.

En la reunión, sentado en una larga mesa, sin que llegara a abrir la boca, le alcanzaron un sobre. Lo abrió. En una hoja de papel estaba escrito: «En la valija hay un millón de dólares. Los agarra y se deja de joder».

Solomón rompió el papel y tiró los pedazos sobre la mesa. De inmediato, se puso de pie. Miró a cada uno de los patrones a los ojos y, sin decir palabra, salió del cuarto. Sus compañeros de lucha lo esperaron en vano. Solomón saltó por una ventana y caminó lo más rápido que pudo con la valija en la mano.

****

Alojado en una suite de un hotel cinco estrellas, después de comer centolla con champán y hacerse las manos con una manicura, Solomón tuvo necesidad de complacerse sexualmente. Pidió tres putas: una rubia, una morocha y una pelada. Le respondieron que rubia y morocha tenían pero ninguna pelada. Solomón preguntó cuánto costaban las putas. Le dieron el precio.

—Pago cincuenta mil dólares por una que sea pelada.

Demoraron unos segundos en contestarle:

—Mire la casualidad. Acaban de ingresar a nuestro servicio de acompañantes tres chicas peladas.

Las tres chicas peladas comenzaron a masajear a Solomón, Usando aceites especiales. Con los masajes, Solomón se relajó y se quedó dormido. No habían pasado más de quince minutos desde que las putas entraron al cuarto. Cuando se despertó, estaba solo, era de día y no se acordaba lo que estaba haciendo ahí. Se vistió con un traje que encontró en el placard y se fue. Ni siquiera se acordó de la valija con el dinero.

De todos maneras, no la habría encontrado. Las putas se la robaron.

Nuevamente empobrecido, pero despreocupado, Solomón se encontró con la Renga Chuluna, que se ganaba

la vida vendiendo flores en la calle y como carterista en los colectivos.

A la Renga Chuluna le faltaba una pierna. Había estado casada con un carnicero. La Renga Chuluna era muy celosa y no dejaba en paz al marido. Lo seguía para ver adónde iba y le hacía escenas de celos todas las noches. Lo que ignoraba era que el carnicero había asesinado a su primera esposa. Se cansó de verla tomando mate y la cortó en pedazos y la hizo carne picada. Vendió el kilo a precio oferta y el cadáver desapareció rápido comido y defecado por los clientes.

Harto de la Renga Chuluna, el carnicero le dio unas trompadas que la desmayaron, la metió en una bolsa de papas y la cargó hasta la carnicería. La puso sobre una mesa de mármol y encendió la sierra. La Renga Chuluna abrió los ojos y se puso a gritar como los cerdos a los que van a degollar. El carnicero alcanzó a cortarle una pierna de la rodilla para abajo. Cuando le iba a aserrar la otra pierna, la Renga Chuluna manoteó un guinche y se lo enterró en el ojo al carnicero. Aprovechando que su marido se ponía un bife en el ojo para frenar la sangre, ella pudo arrastrarse hasta la calle y pedir auxilio. Lograron cerrarle la herida y la interrogaron. Declaró que había sido un accidente y que todo era culpa suya. El carnicero quedó libre pero tuerto y ella volvió con su marido, que la aceptó a pesar de faltarle una pierna.

Un año después, el carnicero le rompió los dientes de una patada. Para vengarse, la Renga Chuluna le puso veneno para las ratas en los ravioles. Ella quedó viuda y ganó unos pesos con la venta de la carnicería. Compró el puesto de flores y retomó su antiguo oficio de carterista. El presupuesto le alcanzó para ponerse una pierna de madera y empezó a tener mucho éxito con los hombres.

Le ofrecían plata para acostarse con ella y para que les pisara los huevos con la pierna de madera. Así, a todos sus oficios, agregó el de puta pero que solamente ejercía en ciertas ocasiones, cuando la venta de flores estaba floja o no había podido robar unas carteras que valieran la pena.

Solomón se puso a conversar con ella y, al enterarse de la cantidad de propuestas que recibía para ser usada sexualmente, tuvo una idea: dedicarse a la trata de personas. La Renga Chuluna lo conectó con algunos malandras y organizó una banda para engañar y secuestrar a mujeres.

No debían ser mujeres comunes. Tendrían que tener algo que las hiciera diferentes y cubriera las necesidades de un mercado de elite: paralíticas, ciegas, sin un pecho, que les faltara un brazo, con la cara desfigurada. Al principio, la mercadería se conseguía con cierta facilidad. Pero, al resultar sospechoso para la policía la cantidad de mujeres minusválidas que desaparecían, se tomaron medidas de seguridad que afectaron el negocio. Solomón decidió secuestrar mujeres

normales y ponerlas en condiciones de ser ofrecidas al mercado de los perversos.

Consiguió un veterinario arruinado y lo puso al frente del equipo de acondicionamiento. Las mujeres eran drogadas, llevadas a un galpón donde se las acostaba sobre una vieja mesa de sastre y, según lo que se precisara, se les cortaba un brazo, una pierna, se le arrancaba un ojo, se le tiraba ácido en una de las mejillas, se le extirpaba un pecho.

Las mujeres eran vendidas a los países árabes y a los Estados Unidos. Un porcentaje permanecía en el país para satisfacer la demanda interna. La Renga Chuluna era la mano derecha de Solomón y la encargada de vigilar a todos. Se había enamorado de él y no había nada que dejara de hacer si él se lo pedía. El negocio creció en forma continua hasta que la Renga Chuluna se metió en la cama de Solomón mientras estaba durmiendo. Él se despertó de golpe y escuchó cómo ella le decía:

—¿Te excita? Podés mirarme toda.

La Renga Chuluna se paró en la cama, a los pies de Solomón. Quedó desnuda. Las tetas las tenía caídas y achicharradas; la barriga, llena de estrías, y su única pierna tenía várices gruesas como bananas. Hasta ahí, soportó Solomón. Pero, saltó fuera de la cama y salió desnudo de la pieza cuando ella se sacó la pierna de madera y, meneando el cuerpo como si siguiera el ritmo de una música sensual, se la metió en la vagina lanzando quejidos de dolor y placer.

De ese modo, al ser encontrado caminando desnudo por el medio de la calle a las doce de la noche, Solomón fue llevado al manicomio. Le pusieron una inyección con un calmante que lo hizo dormir veinticuatro horas seguidas. Al despertarse, no se acordaba del negocio de la trata de personas ni de la Renga Chuluna, que quedó dueña de todo hasta que la estrangularon unos colombianos.

****

En menos de dos semanas, Solomón fue dado de alta. Le diagnosticaron esquizofrenia, diagnóstico con el que los psiquiatras categorizaban a la mayoría de los internados. Le dieron unos pas-tillas que tenía que comprar en la farmacia. Al no tener plata, Solomón entró a la farmacia, se pesó en la balanza y se fue. Tiró la receta y se propuso conseguir un trabajo en menos de media hora porque ese sería el tiempo en el podría sostenerse de pie antes de desmayarse por el hambre.

Con una camisa agujereada, un saco con los codos emparchados y un pantalón que le quedaba largo y al que le había levantado las botamangas con dos palillos de la ropa; con las alpargatas rotas en la punta que dejaban ver los dedos gordos de sus pies con las uñas sin cortar, no parecía que obtuviera un puesto como gerente. Lo entendió mirándose reflejado en una vidriera. La barba sin afeitar y el pelo como

nido de caranchos, tampoco lo beneficiaban. Su aspecto era el de un pordiosero. De modo que se puso a pedir limosna en una esquina.

Decía:

—Por Dios, una ayuda para comprarme una botella de vino.

—Por Dios, una ayuda para comprarme carbonos, me estoy cagando.

—Por Dios, una ayuda para comprarme un pasaje para viajar a Las Vegas.

Reunió lo necesario para comer una milanesa con papas fritas y una ensalada mixta. Recuperadas sus energías, volvió a su nueva actividad con más bríos.

—Por Dios, una ayuda para mis clases de esgrima.

ñCaminando, encontró un diario del día. Se sentó en medio de la vereda y se lo puso a leer. Leyó un avisó en el que pedían un portero para una escuela. Se levantó, entró a una peluquería, se hizo cortar el pelo y la barba, metió la mano en el bolsillo y le pareció que le había costado dos horas de su vida ganar ese dinero. Por lo tanto, giró sobre los talones y, sin el menor titubeo, salió corriendo. Dobló en la esquina y empezó a caminar a paso lento. No porque tuviera sangre fría, sino porque no podía respirar y creyó que estaba viviendo los últimos minutos de su vida.

En la noche, durmió en el banco de una plaza, después de comer pizza usando el mismo sistema que en la

peluquería. Se le complicó un poco al ser perseguido por dos mozos. Pero tenía habilidad para la fuga y tuvo la panza llena.
A primera hora, se presentó en la escuela. Le dieron el trabajo. No por sus condiciones, sino por aceptar trabajar en negro y por menos del salario legal. Además, sus tareas comenzaban a las seis de la mañana, limpiando las aulas, y terminaban a las once de la noche, cinco horas después que se cerraba el colegio. Ese tiempo lo usaba para pintar los techos, las puertas y ventanas de todo el edificio. Ese mismo día, Solomón se puso un guardapolvo azul y comenzó a ser, oficialmente, el nuevo portero del colegio secundario Beata Josefa de las Torres de la Alhambra.

****

En poco tiempo, Solomón consiguió chicas para que filmaran videos pornográficos. Les pagaba con droga que le proveía un dealer que vendía a la entrada del colegio. Los videos eran comercializados como pornografía infantil.
Solomón aceptaba como actrices solamente a las que tenían menos de quince años. Los actores siempre eran los mismos: Togo, el africano, un negro de Mozambique al que Solomón le hizo abandonar el trabajo de vendedor callejero de pulseritas y colgantes para hacerse famoso en internet por

ser capaz de sostener en el aire a las actrices sin usar las manos y sin que ellas apoyaran las suyas; y el Mocho, que fue verdulero hasta que se hizo actor porno. El Mocho tenía la particularidad de tener el miembro viril más ancho que largo. Una rareza que Solomón, con su ojo para descubrir talentos, supo encontrar.

Él mismo se encargaba de la dirección, manejar la cámara y escribir el guión. El argumento era el siguiente: la chica estaba vestida con el uniforme del colegio. Entraba a su cuarto, se sacaba las zapatillas y se acostaba en la cama. Comenzaba a tocarse por debajo de la bombacha. No se daba cuenta que la puerta había quedado entreabierta y el padrastro la espiaba. Cuando la chica parecía al borde del orgasmo, el padrastro entraba y la poseía en once posiciones distintas.

Hubo que hacer una modificación al argumento en las películas del Mocho, el verdulero. En una de las poses, tuvo un ataque de ciática y quedó doblado hacia adelante. No se podía enderezar. Solomón aprovechó el inconveniente para crear una nueva escena: la chica le sacó la pantalla al velador y lo metió en el culo del Mocho, que fue tomado de sorpresa y esto mejoró su actuación por la cara que puso y el grito que lanzó. Lo bueno para él fue que se enderezó de golpe.

Por desgracia, las autoridades de la escuela terminaron por enterarse. Fue un escándalo. Los periodistas entrevistaban a los padres que, llevando carteles, pedían justicia

y exigían que se metiera preso al profesor de música. Todos sabían que siempre que pasa algo relacionado con el sexo en un colegio, el responsable es el profesor de música.
Los periodistas entrevistaron a Solomón, que se limitó a decir que nunca hubiera imaginado que el profesor de música pudiera hacer algo así, le había parecido una buena persona. Pero las apariencias engañan, agregó. Sin tener motivo para seguir en la escuela, Solomón se fue un poco deprimido.
Se le pasó enseguida. Once horas después, no se acordaba de haber trabajado como portero ni de las películas porno. En cuanto a las niñas que actuaron, la mayoría fue contratada por la industria del porno y cuatro de ellas se convirtieron en porno-stars. El negro de Mozambique volvió a vender pulseritas en la calle y el verdulero se unió a una banda de ladrones y, en el primer asalto, un quiosquero lo mató de dos balazos.

****

Vestido con un saco rojo que le robó a un músico, Solomón se quedó a vivir en la calle. Eligió la vereda de un bar porque un alero lo cubría de la lluvia. Para taparse usaba una sábana sucia que encontró en una bolsa de basura. A metros de donde dormía paraba Cachucha, una puta callejera.
—Tengo veinticuatro años —dijo.
—Parece de treinta —le contestó Solomón.

Cachucha lo trató de viejo ordinario. Pero se hicieron amigos y la puta le conseguía un sanguche y una botella de vino todas las noches. Solomón le propuso casamiento. Como no se acordaba que se hubiera casado antes, ni se le ocurrió que sería bígamo. Cachucha aceptó. No por amor ni por sentirse sola sino porque, estando casada, la policía la iba a embromar menos.

Solomón se fue a vivir a la pieza que ella ocupaba en un hotel de mala muerte. Treinta familias compartían el único baño. Solomón orinaba en una botella y cagaba en papeles de diarios. Envolvía la caca y la tiraba por la ventana. Cachucha le compró ropa y, mejor vestido y afeitado, comenzó a tener buen aspecto. La mujer casada de la pieza de al lado lo esperaba en el pasillo y le refregaba las tetas por el pecho mientras le decía:

—¿Hace calor, no?

La puta Cachucha la vio metiéndose con su marido y le clavó una tijera en la espalda. La vecina se arrastró hasta su pieza y Cachucha la siguió para sacarle la tijera de entre las costillas y recuperarla porque era una buen tijera de acero inoxidable. A Solomón no le gustó lo que hizo su nueva esposa ahuyentando a su admiradora. Le gustaba ser deseado. En su vida había habido muchas mujeres. Pero no había penetrado a ninguna porque perdía la erección apenas su miembro viril hacía contacto con la vagina.

Ni siquiera Cachucha pudo ponérsela dura por más de veinte segundos. Pero a Solomón le preocupaba más sus hemorroides que su impotencia. Y a Cachucha le importaba menos que a él. Si de algo estaba harta era de penes. Por eso se llevaron bien durante un tiempo. Hasta que Solomón tomó consciencia que otros hombres se acostaban con su señora y decidió impedirlo. Cachucha le explicó que no contaban con otra fuente de ingreso.

A Solomón no le resultó una buena excusa para que se regodearan con el sagrado cuerpo de su esposa legítima. Comenzó a pararse cerca de ella, en la calle, y cuando se acercaba un cliente lo corría con un violín roto gritando que era un depravado, un inmoral y un pecador que iría al infierno.

Cachucha trató de convencerlo. Solomón no entendió razones y Cachucha lo echó de la pieza. Él se sentó en el umbral de la puerta de entrada del hotel, dispuesto a no dejarla salir. Pero se quedó dormido y, al despertarse, había cambiado de idea: ya no quería estar con Cachucha. Comprendió que ella no era el amor de su vida. De todas maneras, tendría que escribirle un tango, como debe hacer todo argentino que termina un romance con una puta.

Mientras caminaba, encontró plata en un bolsillo del saco rojo. Era bastante como para un café con leche y medias lunas. Solomón levantó los dos brazos como si hubiera ganado una

competencia. Entonces, se propuso una hazaña deportiva: llegar al bar parado sobre un solo pie.

—Si toco el suelo con el otro pie, pierdo —fue repitiendo a lo largo del camino.

Le faltaba poco para llegar y apoyó el otro pie.

—Perdí... ¿Perdí? No. Hago trampas y listo.

Saltando sobre un único pie, entró al bar y se sentó en una mesa junto a la vidriera para mirar hacia la calle y ver si se ponía a llover aunque había un sol radiante y el cielo estaba completamente despejado. Comiendo una medialuna, vio, con el rabillo del ojo, que un tipo de traje a cuadros verdes y blancos, con una cala en el ojal, apoyaba la nariz contra el vidrio. Lo miró. Era el Cardenal Richeliú, su compañero en el manicomio.

****

El Cardenal Richeliú, a los seis años, tuvo una visión: tres santos, cuatro ángeles y un serafín escribían en una nube el número del billete de lotería que sería premiado en navidad. Sus padres vendieron el lavarropas y la heladera para comprar el entero. El número no salió, y los padres ni siquiera sacaron ter-minación, como para recobrar lo invertido. Al niño le dieron una paliza con un cinturón y lo encerraron en un armario.

En la oscuridad del armario, el niño tuvo una

segunda visión: cinco querubines, cinco ángeles, cinco serafines y cinco arcángeles escribían en cuatro nubes el número 45555. Los padres vendieron los anillos de casamiento, el televisor, la vajilla, las camas y la mesa del comedor para comprar el entero de reyes. Tampoco sacaron ni terminación. Amordazaron al niño, lo ataron de pies y manos, y lo colgaron cabeza abajo. Como las visiones no se detuvieron, los padres no lo soportaron más. Tenían cinco hijos y nadie se daría cuenta que faltaba uno. Viajaron desde Buenos Aires a Tierra del Fuego y lo abandonaron en medio de las ovejas, diciéndole:

—Andá, querido, andá. Mirá qué linda las ovejitas.

Lo encontró el boyero de la estancia y se quedó a vivir en la casa de los peones. Sus visiones continuaron y se lo comenzó a conocer como «El Niño de las Ovejas» y «El Inocente Pastorcito». Durante años, sus visiones provocaron admiración, a pesar de no haber acertado jamás en ninguna de las predicciones que le transmitían los ángeles. Apenas entrado en la adolescencia, se despertaron sus instintos sexuales. Tal como había visto hacer a los peones, él también se cogió a una oveja. No paró hasta cogerse el rebaño com-pleto. El único que se salvó fue el carnero que, cada vez que lo veía aparecer, salía corriendo. «El Niño de las Ovejas» nunca pudo alcanzarlo. El carnero permanecía escondido hasta el anochecer, cuando el «El niño de las ovejas» se iba a descansar.

Cerca de los dieciocho años, se enamoró de una oveja. Le escribía poemas y le cantaba canciones de amor. Cuando la oveja quedó preñada y parió, estaba convencido que el cordero era hijo suyo. Cuando se presentó en la iglesia con la oveja y el cordero para que el cura lo bautizara, lo mandaron al manicomio.

Un loco que no sabía nada de religión, pero que había leído *Los tres mosqueteros*, lo llamó Cardenal Richeliú y, desde entonces, se le conoció por ese nombre.

De la internación salió pronto. Conoció a una monja, la convenció para que abandonara los hábitos, y se casó con ella. La monja le llevaba veinticinco años, era gorda y con una nariz co-mo el hocico de un chancho. Para tener sexo, la monja se ponía en cuatro patas y él la penetraba desde atrás, como lo había hecho con las ovejas. Cuando la monja se acostaba boca arriba y abría las piernas, él no conseguía tener una erección. Pasado un tiempo, la monja comenzó a tener sueños en los que se le presentaban imágenes del infierno. Perseguida por los remordimientos, decidió castigarse para toda la eternidad. Se suicidó con gas.

Su idea era asfixiarse, pero, después de abrir todas las llaves del gas, se le dio por acabar su vida rezando. Como acostumbraba encender una vela, debe haber querido hacer lo mismo. Lo que seguro hizo fue encender un fósforo. Hubo una explosión que tiró abajo medio edificio. Hubo vein-

tidós muertos y treinta heridos. De este modo, la monja, más que un suicidio, cometió una masacre.
El Cardenal Richeliú se enteró de lo ocurrido al llegar a su casa y encontrar los escombros. Se puso a llorar de manera inconsolable. No por lo que le había pasado a la monja sino porque había perdido la colección de tapitas de cerveza que juntaba desde la infancia.

****

El cardenal Richeliú se mudó a un conventillo de la Boca. Había entrado a una iglesia y, aprovechando un descuido del cura, le robó una sotana. La llevaba puesta todo el tiempo y daba misa en un vagón de tren abandonado. Doña Antonia lo tenía por santo y era la encargada de pasar la canastilla para recaudar las limosnas. Con este dinero, el Cardenal Richeliú pagaba el alquiler de la pieza, las pizzas y los cigarrillos. Doña Antonia le daba de comer, le planchaba la sotana y le lavaba los calzoncillos, que siempre estaban cagados.
Enamorada hasta la perdición, no pudo seguir escondiendo sus verdaderos sentimientos y le declaró su amor. Sabiendo que era un pecado mortal, pero dispuesta a enfrentar al mundo, doña Antonia se casó con él y lo llevó a vivir a su casa. ¿Doña Antonia tenía tres hijas solteras mayores de veinte. El Cardenal Richeliú, como en sus mejores tiempos

con el rebaño de ovejas, tuvo un nuevo rebaño, esta vez de mujeres. No le costó demasiado ir poniéndolas en cuatro patas, una por una. Nada atrae tanto a las mujeres como lo prohibido. Ser cogida por un cura no es para una cualquiera, sino para señoras respetables que van a misa.

Menos doña Antonia, que ya había pasado la menopausia, las otras mujeres quedaron embarazadas. Esto delató el pecado. Doña Antonia hizo un escándalo y, enseguida que se corrió la voz en el barrio, el Cardenal Richeliú fue tratado como un sacerdote hereje y degenerado. Lo denunciaron a la curia y recibieron como respuesta que no era un sacerdote, sino un loco salido del manicomio que se vestía como cura.

Al enterarse, doña Antonia se reunió con sus hijas y les dijo que debían tomar medidas para deshacerse de ese hombre para siempre. Simulando haberlo perdonado, como todo cristiano debe hacer, organizaron una comida que sería «la última cena» del Cardenal Richeliú.

Sabiendo que le gustaban los escalopes a la romana, se los prepararon con abundante veneno. Para ellas, evitando cualquier posible confusión, hicieron tallarines con tuco y carne mechada. Algo falló. El veneno no fue suficiente y apenas le provocó retorcijones. Pero las cuatro mujeres murieron de botulismo. Para hacer el tuco, usaron unas latas de tomate en mal estado y ninguna de ellas vio la luz del día. El Cardenal Richeliú juntó todo lo que las mujeres habían

ahorrado, cadenitas de oro y algunos adornos que podría vender en una casa de antigüedades y se fue de la casa y del barrio según se lo indicó otra de sus visiones. Siguiendo a los querubines y serafines que, yendo delante de él, le señalaban el camino, llegó a un prostíbulo del centro.

****

Al entrar al prostíbulo con la sotana puesta provocó algunas reacciones moralistas. La encargada dijo:

—Vi a muchos curas, incluso un obispo, hacer uso de las chicas. Pero nunca a un descarado como este. ¡Venirse con la sotana puesta! Te juro que este cura inmundo no se va a olvidar de esta noche. Le voy a recomendar a Petunia y a Kyra.

Después de sonreírle falsamente y ofrecerle una promoción de dos mujeres por el precio de una, lo llevó a una pieza diciéndole que en un minuto llegaban las muchachas y que se vería más que complacido. Antes que ellas entraran, la encargada les dijo:

—Le dan una atención más que especial a este cura de mierda, ¿me entendieron?

El Cardenal Richeliú se dejó desnudar por las dos mujeres. Le pusieron esposas en las muñecas y lo colgaron del techo. Kyra tomó un látigo y empezó a darle latigazos mientras Petunia le apretaba los huevos con unas castañuelas. Le

pusieron sal en las heridas y lo dejaron caer al suelo. Sin desatarlo, le metieron un embudo en la boca y las dos putas se pusieron a mear. Después que tragó las meadas, le pisaron el choto con la punta de los tacos altos y lo dieron vuelta, poniéndolo boca abajo. Le metieron un consolador de 30 centímetros en el culo y se lo dejaron más roto que culo de puto viejo.

El Cardenal Richeliú dijo:

—Muy lindo todo. Mañana vuelvo.

Al otro día, incendió el prostíbulo.

****

De este modo, se hizo pirómano. Incendió una escuela, una intendencia, un registro civil, un juzgado, una iglesia y estuvo a punto de quemar una comisaría. Un coche patrullero lo vio cargando un bidón de nafta y una antorcha. Lo siguieron y, cuando iba a entrar en acción, lo arrestaron. Pasó unos días en una celda y lo llevaron al manicomio.

Los primeros días estuvo muy vigilado y bajo los efectos de sedantes. Cuando los psiquiatras pensaron en una mejoría, incendió todas las camas del pabellón. Al no tener fósforos ni encendedores, raspó dos piedras y consiguió hacer un buen fuego. Los demás locos se negaron a dormir en la misma sala que él. Lo ubicaron en una celda de solitario,

cerca de los dementes peligrosos. El director del manicomio tenía la esperanza de que alguno de ellos lo estrangulara. Sin embargo, el Cardenal Richeliú cayó bien y se hizo muy amigo de Masticahuesos, que había matado al padre y a la madre y se los había comido después de hervirlos en una olla y agregarles papas, batatas, zapallitos, zanahorias y choclos para hacer un puchero.

Siguiendo los consejos de el Cardenal Richeliú, su cura confesor y guía espiritual, Masticahuesos aprovechó un descuido y mordió a un enfermero en la yugular arrancándole medio cuello. Rompió una mesa y usando una de las patas como estaca se la enterró en la espalda a otro enfermero. Gracias a estos dos asesinatos, el Cardenal Richeliú y Masticahuesos pudieron escaparse del manicomio.

****

En poco tiempo, lograron una buena posición social.

Comenzaron violando a una ciega y sacándole la cartera. En el mismo día, asaltaron a un voluntario que empujaba la silla de ruedas de un cuadripléjico; dejaron en el piso al cuadripléjico y se llevaron la silla de ruedas. Más tarde, siguieron a una vieja y comprobaron que vivía sola. Se metieron en su casa, la torturaron para que dijera dónde tenía escondidos los ahorros y,

una vez que tuvieron el dinero y unas cadenitas de oro, Masticahuesos la degolló.

Una sucesión de visiones le indicaron el camino a el Cardenal Richeliú. Todo quedó confirmado cuando se apareció san Egoglio, que él ni nadie conocía pero que se presentó con ese nombre. Con toda claridad, san Egoglio le dijo cuál era su deber para con la humanidad. Así, con el dinero que recaudaron en los robos, El Cardenal Richeliú y Masticahuesos iniciaron una secta.

En poco tiempo, a la Congregación de los Niños Celestiales se incorporaron más de quinientos adeptos. Recibieron la donación de una chacra de cien hectáreas, en donde ubicaron la sede central de la secta. Poco a poco, muchos adeptos abandonaron sus trabajos, donaron todos sus bienes a la congregación y se mudaron a la chacra. Todos vestían túnicas violetas por adelante y amarillas por detrás. Esto fue porque el Cardenal Richeliú y Masticahuesos no se pusieron de acuerdo en el color. Esta discrepancia significó el comienzo de lo que acabaría por convertirse en un encarnizado enfrentamiento entre ellos y en una lucha por el poder.

El Cardenal Richeliú era el indiscutible Maestro Supremo y llamaba «Sarratum» a Masticahuesos. No hubo problemas con el nuevo nombre, muy apropiado para usar en la congregación, hasta que Masticahuesos le preguntó qué significaba. El

Cardenal Richeliú, que estaba tomando mate, le respondió:
—En acadio antiguo quiere decir: «Reina».
Masticahuesos no dijo una palabra. Esperó que el Cardenal Richeliú le sirviera un mate. Lo tomó. Dijo: «Gracias». Se sacó el cinturón y lo ahorcó.
Llevó el cadáver a la intemperie. Encendió una fogata y lo quemó mientras los adeptos se tomaban de las manos y pronunciaban mantras.
Convertido en el nuevo Maestro Supremo, Masticahuesos que, desde entonces, se hizo llamar: «Aquel Cuyo Nombre No Se Pronuncia», instauró los sacrificios humanos. Aunque los adeptos no sabían a qué dios eran sacrificados, considerándolo un honor, se ofrecían para el sacrificio.
Los sacrificios, que empezaron siendo semanales, pasaron a realizarse a promedio de diez por día; los diez al mismo tiempo para aprovechar el fuego. En menos de dos meses, todos los adeptos fueron quemados en el rito sacrificial. Después de quemar al último adepto, Masticahuesos se quedó solo. Como no sabía qué hacer, se fue de la chacra y La Congregación de los Niños Celestiales desapareció por completo.

****

Dos meses después, Masticahuesos se casó con una viuda. Ella andaba buscando un asesino a sueldo para des-

hacerse de su marido y quedarse con todo el dinero. El marido tenía un bote y salía a pescar. Masticahuesos lo ahogó en el río y la viuda se quedó con todos los bienes, incluso la plata que cobro del seguro por muerte accidental.

Martina Rodríguez era una mujer enamoradiza y no pudo controlar sus impulsos al adivinar que, bajo el pantalón, Masticahuesos tenía un miembro viril de treinta y tres centímetros, en estado de flaccidez. Habiendo encontrado lo que había deseado casi tanto como el dinero, para asegurarse que el hombre era suyo, se casó con él.

Martina Rodríguez tenía una hija de siete años de la que Masticahuesos abusó sexualmente el segundo día de su matrimonio. La niña pasó varios días en agonía debido a las lesiones producidas por la introducción del falo en las partes que cobijaban su virtud.

Martina Rodríguez se sintió dolida al enterarse que era cornuda y le reprochó a Masticahuesos lo que había hecho con la niñita. Él le dio una trompada y la noqueó. La levantó poniéndola sobre un hombro, la llevó a la cocina, y la cortó en lonjas que cocinó a la plancha. En un par de días, almorzó y cenó «Martina al horno con papas», «Martina frita con ensalada mixta» y «Albóndigas Martina acompañadas con puré de papas».

Pasó un mes y se acordó de la niñita. Fue a su cuarto, donde la había atado con una cadena a una pata de la

cama, y la encontró en estado de coma. No había comido ni tomado agua en todo ese tiempo. Viendo que la niña era resistente y, aún, respiraba, la asfixió con la almohada.

****

Una tarde, Masticahuesos tuvo una idea. Entró a una imprenta que se especializaba en hacer títulos falsos y pidió un diploma de psicólogo y setenta y ocho certificados de cursos y congresos. En una semana, escribió un libro sobre neurosis y psicosis copiando una página de un libro y otra de otro. Las novecientas páginas de cada uno de los tres tomos que componían la obra no tenían ninguna relación la una con la otra. Incluso, se confundió de libros en la biblioteca a la que iba y transcribió textualmente, en la página ciento catorce del tomo II, una hoja completa de *Tom Sawyer*, de Mark Twain. De todas maneras, nadie leyó, ni leería jamás, una obra en tres tomos de 2700 páginas.

Puso un consultorio y se convirtió en psicoanalista lacaniano. Daba turnos de siete minutos y a muchos pacientes no les abría la puerta. Como era el horario de su sesión, hablaban en el palier y le pasaban los honorarios por debajo de la puerta. Llegó a ser considerado un renovador del psicoanálisis y su segundo libro, el más personal, en el que, en cada una de las mil seiscientas páginas, escribió una sola pala-

bra: «Xthgmnwstdz»; y al que tituló: *Eferides en consuso de las otrogladitas en metaformonemas excincréticos*, se convirtió en una de las obras fundamentales del psicoanálisis postlacaniano.

Durante el ejercicio de la profesión, violó a nueve pacientes, incluido dos varones, y, harto de escuchar a Pedro Camoreo, que trabajaba como analista de sistemas y se la pasaba sufriendo por su ex esposa, lo tiró por la ventana asegurando que fue un suicidio.

Una de las pacientes violadas, Carlota Cordón, que continuaba con el tratamiento, fue nuevamente violada. Masticahuesos la obligó a practicar sexo oral. Carlota le arrancó el pene de un mor-discón, lo escupió en el inodoro y tiró la cadena. Luego, mientras Masticahuesos se retorcía de dolor, arrancó el cable de una lámpara, se lo puso alrededor del cuello y, metiéndole la parte pelada en la oreja, lo enchufó. Masticahuesos fue electrocutado. Carlota se sentó a leer una revista y, como no apareció nadie porque ella era la última paciente, se fue a su casa.

****

Carlota fue a un supermercado a hacer unas compras. Vio un bebé en un cochecito. Su madre buscaba tampones. Carlota se llevó el bebé. Nunca supo si era un niño o una

niña porque no llegó a cambiarle los pañales. El bebé lloraba demasiado y Carlota lo metió en una bolsa de la basura y lo dejó en la vereda. Los recolectores lo encontraron. El bebé se salvó de milagro y Carlota se arrepintió. Podría haberlo vendido y ganar el dinero para operarse las tetas.

Decidió fundar una organización de ayuda a madres solteras. Todos los días se paraba a la salida de la cárcel, esperando la salida de alguna presa para incorporarla como personal de la fundación. Consiguió cinco. Cuatro ladronas y una asesina.

La fundación se quedaba con los niños y los vendía desde precios módicos en los que estaban incluidos los enfermizos; precios medios para los que tenían pinta de medio negritos; y suma exorbitantes para los rubios de ojos celestes. Para que no hubiera reclamos, a las madres de los niños las vendían a una organización dedicada a la trata de blancas que las drogaban, las violaban y las hacían ejercer la prostitución.

Carlota tuvo tetas hechas con las mejores prótesis, una casa en un barrio cerrado y un BMW. Pero no era feliz. En toda su vida nunca se había sentido satisfecha. Dejó la fundación, vendió todo lo que tenía en el país y se fue en barco al África.

Durante el viaje, se enamoró de un marinero y quedó embarazada. Al llegar a Namibia, el marinero la abandonó. Carlota se puso a caminar y comenzó a sentir calor y sed. Había llegado al desierto. Se sentó a esperar que pasara alguien. Convencida que tendría que arreglarse sola, volvió a cami-

nar. Cruzó unas montañas y llegó a la zona de los pastizales. Se comió algunos animales que cazó y tomó agua de lluvia y de los manantiales.

Ocho meses después, encontró la ciudad. Se sentó en un bar con su hija Remigia en brazos. La niña tenía unos días de vida. Carlota pidió un sanguche y una coca cola. No pudo pagar porque no tenía un centavo. El dueño del bar y el mozo no entendieron sus razones. La llevaron al cuarto de atrás, la usaron sexualmente, y la echaron a la calle. Se acostó en la vereda, con Remigia a su lado, y se quedó dormida.

La llevaron detenida por vagancia y prostitución, le quitaron la hija y, aprovecharon para culparla de un robo y un asesinato de los que nunca habían encontrado al culpable. Pidió ayuda diplomática y, después de cuatro años, fue deportada. Remigia quedó en el África.

****

Remigia fue adoptada por un matrimonio de racistas sudafricanos que la llevó a vivir a Sharpeville. La niña aprendió que los negros son seres inferiores y que solamente tienen un parecido con los humanos. William Koening, su padre, le contaba con orgullo que había participado en las matanzas de negros y la llevó a ver el sitio exacto. Remigia admiraba a su padre y, apenas cumplió los quince años, consideró que

debía mostrarle a su padre que era merecedora de su cariño. Con la ayuda de Guy Vanhover, desolló vivo a un negrito de tres años que había secuestrado. Lavó cuidadosamente la piel, la puso en una caja envuelta en papel de regalo, con un inmenso moño celeste, y se la entregó a su padre después de la cena.

William Koening terminó de abrir la caja y no pudo sino permanecer inmóvil durante unos segundos. Sin alzar la vista, su mentón tembló y no logró impedir que las lágrimas cayeran de sus ojos. Su esposa, profundamente emocionada, lo tomó de la mano, sonriendo con dulzura.

—Es el mejor regalo que recibí en mi vida. Apenas tienes quince años y ya eres una gran mujer, Remigia. ¡Sin duda que lo eres! —dijo William Koening.

—Mira el trabajo que se tomó esta criatura —dijo la señora Koening—. Las pieles de las manos fueron quitadas con tanta delicadeza que parecen guantes. No sé cómo pudo hacerlo. Es una artista. ¡Mira! ¿Cómo hizo para quitar con toda perfección la piel de los pies? Es como si la carne se hubiera derretido y los huesos, molidos como en un molino y, luego, quitados por los pequeños orificios.

—¡Sin duda que es el mejor desollamiento que se ha realizado en toda Sudáfrica!

Remigia estuvo contenta de sí misma. Había complacido a su padre y conseguido un amante. Guy Vanhover

tenía cincuenta años, era casado y tenía tres hijos mayores a Remigia. Se ofreció a ayudarla a cambio de dejar que le rompiera el himen.

En la semana en que prepararon el secuestro, lo llevaron a cabo, y desollaron al niño, Remigia fue penetrada todos los días y Guy Vanhover no solo le rompió el himen, sino el ano también. Por completo desflorada, Remigia entendió que, en la vida, podía dedicarse a dos cosas: a desollar negros o a las perversiones sexuales. Como era una adolescente y se sentía omnipotente, estuvo segura de poder hacer ambas.

****

Antes de cumplir diecisiete, Remigia probó todas las perversiones que encontró descriptas en un libro de psiquiatría que leyó en la biblioteca.

Practicó zoofilia con un perro dálmata, un caballo de tiro y un burro. Pedofilia, con niños a los que hacía lamer su vagina. Fetichismo chupando pies que estuvieran sucios, con callos, durezas en los talones, uñas con hongos, y mal olor. Exhibicionismo, masturbándose desnuda en el balcón de su departamento. Sin olvidar que sus padres la consideraban la mejor desolladora de negros de toda el África, secuestró a dos niños negros, un machito y una hembrita, de un año y medio, aproximadamente, cada uno de ellos y, sin ma-

tarlos previamente, les arrancó la piel mostrando su alta capacidad en el dominio de la técnica del desollamiento. Cortó las pieles en finas lonjas y, con buen gusto, hizo un cinturón trenzado. La hebilla estaba hecha con dos orejas que se unían con el pene del negrito. El pene entraba en el agujero de una de las orejas y atravesaba una presilla construida con la vagina de la negrita.

El señor Koening y su esposa quedaron tan asombrados que sacaron fotografías del cinturón y las enviaron a unos amigos de Johannesburgo. Los amigos mostraron las fotografías a otros racistas y, muy pronto, Remigia recibió cientos de pedidos de cinturones hechos con piel de niño negro.

Para conseguir la materia prima, financiada por su padre, contrató a unos asesinos que se encargaron de matar a los dos mil habitantes de una aldea en Burundi; mil quinientos en Burkina-Faso, y tres mil en Sierra Leona. Como eran negros y pobres, nadie prestó la menor atención a las masacres y Remigia pudo hacer los cinturones con piel de niño negro y, para diversificar la oferta y aprovechar las pieles de los adultos, fabricó billeteras, monederos y zapatos.

Decidida a progresar, Remigia fue a Estados Unidos, invitada por miembros del Ku-Klux-Klan. Viajó por varios estados sureños y la invitaron a una recepción en casa del gobernador de Alabama. En Mississippi, conoció a Henry Davidson IV, des-

cendiente de uno de los mayores esclavistas del siglo XIX, y se sintió atraída por él.

Henry Davidson IV era casado y padre de nueve hijos que todos los domingos iban a la iglesia. Remigia, convertida en su amante, lo acompañó en un viaje de negocios a Nueva York. Mientras Henry Davidson IV se ocupaba de las reuniones comerciales, Remigia paseaba comprando ropa, droga y whisky. Se excedió en la dosis de cocaína y en la cantidad de tragos y cayó desmayada. Al despertar, se enteró que la estaban violando cinco negros en un callejón.

Remigia decidió olvidar el incidente y no comentarlo con nadie. Pero quedó embarazada. Henry Davidson IV lo supo y, cre-yéndolo hijo suyo y siendo hombre religioso, no le permitió abortar. Al nacer, él se encargaría de entregarlo a un asilo de niños que pertenecía a la Fundación Davidson.

El niño nació negro y Remigia fue echada del hospital, que no atendía a negros. Henry Davidson IV ordenó a sus guardaespaldas que le dieran una buena paliza a la madre. Al niño lo escupió en la cara.

Abandonada a su suerte, Remigia se recompuso en la pieza de un hotel de segunda clase. Finalmente, su padre le envió dinero y pudo comprar un pasaje de avión para Sudáfrica. El avión fue secuestrado por unos árabes y descendieron en Dubai. Tomaron de rehenes a los pasajeros, en especial, a los diecisiete judíos que viajaban a un congreso. Un co-

mando judío fue a rescatarlos. Mató a los secuestradores, a la tripulación y a todos los pasajeros, excepto a los diecisiete judíos. Remigia fue herida en una rodilla.

Un comando se acercó a ella y le dio dos tiros de gracia en la cabeza. Antes de irse de Nueva York, Remigia había ahogado al bebé en el inodoro y arrojado el cuerpo por la ventana. Un policía lo encontró reventado contra el pavimento y lo metió en el container de la basura.

El policía era Sam Rollins y odiaba a los negros. Él y su compañero, Bill Adams, se jactaban de haber matado a siete negros y partido las costillas a bastonazos a más de cuarenta. Todo fue bien para ellos hasta que fueron atrás de un puertorriqueño. Lo corrieron para robarle la droga que estaba vendiendo en las calles. Cuando lo alcanzaron, se abrió una puerta y aparecieron tres puertorriqueños con ametralladoras. Sam Rollins y Bill Adams recibieron ciento cincuenta balazos.

—Parecen dos trozos de queso gruyere —dijo el Loro masticando un chicle.

Pasaron por encima de los cuerpos y se fueron al bar del Capitán Neptuno a emborracharse con whisky ordinario.

****

El Capitán Neptuno navegó por los mares del Lejano Oriente. En China comunista, violó a Huan, que, en chino

significa «feliz». Huan nunca lo fue, sobre todo después que el Capitán Neptuno la secuestró y la llevó a bordo.

En Sumatra se cansó de ella y la usó como carnada para tiburones. Tuvo una buena pesca. Cansado de navegar, usando el dinero que había robado como pirata asaltando embarcaciones pequeñas, compró un bar en Nueva York. Después de pagarlo, se arrepintió. Era demasiado caro. Fue en busca del anterior dueño. Él y Panal de Abejas, un negro sin un dedo de cerebro que había sido boxeador de peso pesado y lo habían noqueado veintiséis veces en treinta y dos peleas, lo mataron a golpes y lo tiraron al río con ladrillos atados a las piernas.

Al recuperar su dinero, el Capitán Neptuno se sintió mejor y contrató a un trío de jazz y a unas negras para que cantaran blues. Les pagaba cada noche y, de inmediato, les cobraba la misma cantidad por unas dosis de cocaína de la peor.

Si de algo se sentía orgulloso era de su inmenso pene de cuarenta centímetros. Todas las noches, se bajaba el pantalón y lo mostraba frente a los borrachos. Le complacía violar mujeres y destrozarles el ano.

Angelita Sánchez era una puertorriqueña bonita y de modales delicados. El Capitán Neptuno la vio en la calle, la siguió y, amenazándola con una navaja, la subió a su automóvil. Durante una semana la tuvo encerrada en un cuarto mugriento. Cuando se hartó de violarla, la dejó tirada en medio de la calle. Angelita Sánchez estuvo en coma durante

cuatro meses. Al despertar y recuperarse, le contó todo, exagerando y agregando barbaridades, a su hermano, el Loro, que lideraba una banda de traficantes de droga.

Los puertorriqueños bebieron bastante, esperaron que las negras terminaran de cantar y, a cuchilladas, le abrieron en cruz la barriga a Panal de Abejas. Con movimientos calculados, sujetaron sobre el mostrador al Capitán Neptuno y le cortaron la pija. Quitaron un enorme pez de una madera enmarcada en el que estaba clavado y, en su lugar, pusieron la gran pija del Capitán Neptuno. Mientras él se desangraba, le hicieron firmar los papeles en que le transfería el bar al Loro.

Las negras quisieron saber si seguirían cantando en el sitio y el Loro les dijo que, de ahí en adelante, se escucharía salsa y reggae, pero que se podían quedar para trabajar como putas. El trío de jazz aceptó convertirse en banda salsera e incluso interpretar bomba y, de vez en cuando, algo de música jíbara. «El Loro» vio esto con buenos ojos y a los músicos les regaló tres gramos de cocaína de la buena.

****

El bar cambió de clientela y el lugar siempre estaba lleno de latinos. El Loro tenía una novia, Carmela Santaluna, que usaba un nombre artístico: Anita Fuego. Ella era bailarina de caño y hacía estriptis en fiestas privadas. El Loro no la

dejó seguir en ese trabajo y se encargaba de que estuviera satisfecha comprándole buena ropa, perfumes caros y pagando todos sus gastos.

Anita usaba un auto deportivo y engañaba con otros hombres al Loro sin que él tuviera la menor sospecha. A ella le gustaba sacarle el dinero pero lo consideraba un impotente sexual y un eyaculador precoz. Tenía dos amantes con los que se acostaba seis veces por semana, tres con cada uno de ellos. El día libre lo dejaba para amantes ocasionales.

Nunca supo de quién, pero tuvo un hijo que llevó el apellido del Loro. Agustín Yañez creció rodeado de lujos hasta que tuvo dos años. Lupe Alonso era la amiga y confidente de Anita. No había nada de ella que desconociera. Muy enojada con Anita cuando esta se acostó con su marido, fue a ver al Loro y le contó de los amantes y le aseguró que ese niño no era suyo sino de uno de esos dos hombres que usaban a su mujer para divertirse con ella y burlarse de él.

El Loro fue a buscar a Enrique Mendoza. Hizo que sus hombres lo desnudaran y le metieran un hierro al rojo en el culo. Enrique Mendoza confesó todo. El Loro lo hizo cortar en trozos, empezando desde los pies, sin haberlo matado antes.

Fulgencio Antunez, que no tuvo tiempo de escaparse a Guatemala, contó de su relación con Anita sin guardarse ningún de-talle. El Loro le hizo arrancar los dientes con una tenaza. Después, lo acostaron boca abajo sobre una

madera, atándolo con firmeza. La madera tenía un agujero por donde pasaba la pija y los huevos de Fulgencio Antunez. Pusieron la madera, como si fuera la tapa, sobre una gran pecera donde nadaban pirañas. El Loro y sus hombres se divirtieron mirando cómo las pirañas se comieron la pija y los huevos.

Anita ignoraba lo que estaba pasando y recibió alegre a su marido. Los hombres del Loro la amordazaron y le deshicieron las tetas y las nalgas con ácido. Metieron su cabeza en una olla con agua hirviendo hasta que quedó desfigurada y la dejaron con vida para que sufriera lo más posible.

El niño estuvo a punto de ser ahorcado pero Lupe Alonso lo salvó practicándole sexo oral al Loro y así consiguió calmarlo. Mientras chupaba, hacía pausas que compensaba con caricias en la verga, y aprovechaba para decir que se llevaría a Agustín Yañez muy lejos, a cambio de dos millones de dólares para gastos. A punto de acabar, el Loro aceptó y, como no podía quedar como incumplidor frente a sus hombres, que estaban sentados mirando cómo Lupe se la mamaba, dejó que se llevara al chico y le dio los dólares.

****

Sabiendo que el Loro podría cambiar de opinión e ir a buscarla para quitarle el dinero, Lupe compró los pasajes de avión y aterrizó en Montevideo. Como no tenía alma de

madre pero sentía que debía cumplir con el compromiso, contrató a una mujer para que se ocupara de Agustín Yañez. Mientras tanto, se dedicaba a salir todas las noches, emborracharse y acostarse con jugadores de fútbol. Conoció a Benicio Benollo y se fueron a vivir juntos. Ninguno de los dos se interesaba en Agustín Yañez, que siempre estaba con Margota, una eslovaca gorda que, siendo niña, gozaba retorciéndole el pescuezo a las gallinas.

Muy pronto, Benicio Benollo y Lupe se hicieron suingers y asistían a todas las orgías que se organizaban en Montevideo. Terminaron por separarse cuando Benicio se enamoró de un venezolano homosexual y millonario que lo llevó a su finca cerca de Maracaibo.

Lupe empezó a aburrirse. Se había gastado gran parte de los dos millones y pensaba que no había hecho nada interesante. Deprimida, alcoholizada y drogada, le pidió a Margota que la ayudara. Margota no entendió qué quiso decirle realmente. Hizo lo que le pareció mejor: le retorció el pescuezo como a una gallina. Llamó a la policía y dijo que un argentino había entrado por la ventana, quiso abusar de Lupe y terminó estrangulándola. Aunque vivían en un noveno piso, no se tuvo la menor duda: los argentinos siempre eran culpable de algo.

Falsificando la firma de Lupe, Margota sacó más de un millón y cuarto del banco y lo metió en una valija que puso en el placard. A pesar de estas contingencias, no des-

cuidó a Agustín Yañez. Le enseñó a rezar y a creer en los santos. Le inculcó que eran pecados graves el masturbarse y fornicar. Le habló del Infierno y de Satán, de la furia divina y de la Santísima Trinidad. Agustín Yañez se hizo cura.

Al quedarse sola, Margota, que era lesbiana, buscó una compañera. Se fue a vivir con Eladia Ramírez, una paraguaya que te-nía los dientes de arriba de oro. Al mes de convivencia, la paraguaya se peleó con ella y le clavó un paraguas en el pulmón. Margota cayó al piso con el paraguas enterrado en la espalda. El paraguas se abrió y Margota daba la impresión de estar tomando sol en el piso de la cocina.

La paraguaya buscó clavos y un martillo. Le puso un clavo en el cráneo y lo hundió de un martillazo. Le clavó once, sin contar uno que se dobló.

Enterado del final de Lupe, que había sido como una verdadera madre, Agustín Yañez dijo en confesión:

—Me alegro. Es un gran alivio sacármela de encima. Esa gorda me tenía podrido. No la soportaba eructando en la mesa y tirándose pedos mientras cocinaba.

Ya designado en una iglesia, Agustín Yañez aprovechó su posición y comenzó a abusar sexualmente del monaguillo, un rubiecito delicado y dócil. Organizó partidos de fútbol y un comedor en el que ofrecía un vaso de leche con pan a los chicos pobres. Hizo un negocio con la empresa lechera y se quedaba con el diez por ciento de la compra. Otro tanto

recibía por el pan y las galletitas. Con tantos chicos en edades entre los seis y diez años, tenía un buen rebaño del que podía elegir las ovejas para esquilar. Sus preferidos eran los rubiecitos y, en forma excepcional, como si dijéramos, de postre, algún morochito de facciones aindiadas y pelo muy oscuro.

Consiguió relacionarse con gente adinerada y obtuvo la plata necesaria para establecer una fundación que él presidía: La infancia feliz. Apareció en programas televisivos y en reportajes de revistas importantes. Se le consideraba un ejemplo de bondad y de lucha incansable a favor de la niñez. En realidad, se la pasaba cogiendo a los niños de la fundación.

En forma inesperada, se presentó a su oficina el Loro. Le dijo que era su verdadero padre y que lo había encontrado por una nota que había visto en uno de los canales hispanos de Miami.

—¿Y ahora qué se te ocurre que hagamos? —preguntó el sacerdote Agustín Yañez.

—Podemos hacer un negocio redondo. Traigo la droga, me das apoyo a través de la iglesia y de tus amistades poderosas, y recibes un porcentaje del tres por ciento. El de los niños es un gran mercado para la cocaína.

Agustín Yañez lo consultó con su obispo y este se negó en forma rotunda. De ninguna manera se prestaría a colaborar con los narcotraficantes a cambio de una comisión tan baja. No menos del veinte por ciento debería ser lo que recibiera el

obispado. Arreglaron en un doce por ciento que dejó satisfechos a todos.

Entre la venta de droga, los niños a los que se cogía y a los que les hacía chuparle la pija, más el dinero que recaudaba de las limosnas haciendo crecer su fortuna personal, Agustín Yañez se sintió feliz. Era rico, popular y admirado. La iglesia estaba orgullosa de su actividad sacerdotal. Nada le faltaba.

Tuvo dos hijos con la mujer que limpiaba su casa. Un niño y una niña a los que le hizo chupar la poronga y les rompió el culo apenas cumplieron los cuatro años.

Entretanto, sus encendidos sermones dominicales contra los homosexuales, pedófilos y corruptos provocaban admiración entre los católicos, que lo consideraban como un defensor de la familia y de los valores tradicionales sostenidos por la iglesia. Católica Apostólica Romana. Agustín Yañez se convirtió en uno de los principales teóricos del catolicismo y una figura relevante por su labor con la infancia. Sin duda que lo esperaba un destino importante.

A los ocho años, Catalina se escapó yéndose lo más lejos que pudo de su padre, el cura. Al otro año, Bartolomé, un año menor a su hermana, emprendió el mismo camino. Para ese tiempo, Agustín Yañez fue nombrado secretario del obispo y, unos años más tarde, obispo. Convertido en cardenal, participó en el sínodo de la elección del Papa y perdió la elección por dos votos. Le ganó el cardenal alemán, con

el que solían tomar coñac mientras contaban sus intimidades. El cardenal alemán estaba muy satisfecho de haber logrado, a los setenta y tres años, romperle el culo a un niño húngaro huérfano y, horas más tarde, hacerle tragar semen a un eslovaco de seis años.

El nuevo Papa le pidió a Agustín Yañez que lo ayudara a elaborar un documento contra la pedofilia. El periodismo, junto a la grey católica, consideró que comenzaba un nueva era en la iglesia católica.

El Papa y Agustín Yañez organizaron algunas fiestas con niños que habían sido secuestrados y obligados a actuar en películas pornográficas. Los introdujeron en el mundo de las drogas y los enviaron a los países árabes donde eran muy valorados. El Papa le aseguró a Agustín Yañez que usaría toda su influencia para que él fuera su sucesor. El cardenal se lo agradeció y, como muestra de gratitud, le envió a su dormitorio un niño peruano de siete años, descendiente de Tupac Amaru II.

****

Antes de cumplir los veinte años, Catalina se había radicado en Buenos Aires y se había casado con un verdulero. Kinoto Gómez era bastante mayor a ella. Tenía sesenta y siete años y nunca se bañaba. Con el correr del tiempo, Catalina se acostumbró al olor a patas y a sobacos. Durante casi

un año, estuvo a la espera de que el verdulero reventara como un sapo. Pero era tan roñoso como duro de dejarse llevar así nomás.

Catalina soñaba con heredar la verdulería, la casa, la camioneta y la plata que estaba en una caja del banco. Era la razón por la que se había casado, como ella misma se lo dijo a su amiga La Chilena:

—Ese viejo de mierda me propuso casamiento. Me da asco nada más de pensar el olor a huevos que debe tener. Pero, igual me voy a casar con él. Está lleno de plata y pienso heredar hasta el último centavo.

Al comprobar que el asunto iba para largo, Catalina le pidió opinión a la Chilena.

—Hacé lo que hice yo con mi marido: envenenalo.

A Catalina le pareció una buena idea pero eligió otra forma de sacárselo de encima. Se metió en una obra en construcción y se hizo coger por todos los obreros. Volvió a su casa y le dio ochenta puñaladas al verdulero. Se pegó unas trompadas en la cara, rompió su ropa y se hizo dos tajitos en el hombro. En la policía declaró que habían entrado tres obreros de la construcción, la habían violado y, como su esposo se negó a darles la plata, lo mataron. Puso cara de víctima atormentada por los recuerdos de tanta crueldad y nadie sospechó de ella.

La policía fue hasta una obra en construcción que les quedaba cerca y detuvo a tres obreros, los pusieron en

rueda de reconocimiento con dos obreros de la construcción más. Catalina los reconoció y los asesinos fueron condenados a veinticinco años.

Catalina vendió la verdulería, la casa y la camioneta. Sacó la plata del banco y se mudó a un barrio elegante. En un supermercado, se encontró con su hermano Bartolomé. Lo reconoció de inmediato porque, siendo niña, le había cortado un pedazo de oreja con una tijera mientras le cortaba el pelo.

Se fueron juntos al departamento de Catalina. Festejaron tomando champán y se emborracharon poniéndose alegres y calientes. Se dieron unos besos lamiéndose las lenguas, se tocaron de pies a cabeza y se quedaron dormidos después de coger. Al despertar, se miraron a los ojos. Catalina dijo:

—Te creció mucho la pija.

—Y a vos las tetas. ¿Te fijaste que cogemos mejor ahora que cuando éramos chicos?

En unos días, se casaron por civil e iglesia. Su padre, entonces cura y, con los años, cardenal y candidato a Papa, les inculcó el respeto por la religión y, todas las noches, después de cogerlos, los hacía rezar. Aunque tenían el mismo apellido, nadie sospechó que fueran hermanos así que no tuvieron problemas en ser un matrimonio normal.

El primer hijo les nació con dos cabezas y el segundo con un solo brazo y tres piernas. De inmediato, los arrojaron al río y se pusieron en la busca del tercero. Nacieron

quintillizos. Al que nació con un solo ojo en la frente, lo pusieron a un costado. Lo mismo hicieron con la niña con un pie en el pecho y con el varoncito sin boca y con dos narices en lugar de orejas. A esos los descartaron quemándolos en un descampado. Se quedaron con los dos que parecían en buen estado, un niño y una niña que no se diferenciaban en nada a no ser por los órganos genitales, naturalmente, de distinto sexo.

Para tener los recursos necesarios para mantener un buen estandart de vida para sus hijos, asaltaron un banco. Mataron a un custodio, al cajero y dos clientes. Se llevaron una buena cantidad. Entusiasmados, robaron en una joyería y apenas hubo un muerto: una vieja que estaba vendiendo las alhajas y que no quería soltarlas. Primero le cortaron las manos pero la vieja se arrojó encima de las joyas y comenzó a comérselas. Le pegaron un tiro en la nuca y Catalina tuvo que abrirle la barriga para sacarle el anillo y la pulsera que se tragó. Una semana después, secuestraron al hijo de un empresario. Lo tuvieron a pan y agua metido en un barril hasta que cobraron el dinero del rescate. Por el agujero que el chico usaba para respirar, metieron una manguera y llenaron el barril de nafta. El chico se ahogó. Por las dudas, tiraron un fósforo y lo hicieron explotar.

Habían conseguido la plata suficiente para comprar un piso veintidós en una torre con vista al río. Bartolomé y Catalina, abrazados frente al inmenso ventanal, contem-

plando el río, se emocionaron por un momento. Habían recordado a su padre, el sacerdote Agustín Yañez y se reprocharon haber sido injustos y desagradecidos. Él les había hecho pasar agradables momentos haciéndolos lamerle la pija.

Decidieron ir a visitarlo a Roma. Agustín Yañez era asesor privado del Papa.

****

El matrimonio viajó al Vaticano y consiguió una audiencia. El cardenal Yánez los recibió con alegría, los toqueteó un poco y los llevó con el Papa para presentarlos.

—Estos son mis hijos, Bartolomé y Catalina, muy creyentes ellos —dijo, con orgullo.

—Muy bien, muy bien. Supe que tuvieron mellicitos. Cuando estén más creciditos, vengan con ellos. Los niños mellizos son mi debilidad.

Los esposos se miraron emocionados. En unos años, sus hijitos serían cogidos por el propio Papa. Y no cualquiera tiene sexo con un Papa. Era un verdadero honor. Los ojos de Catalina y Bartolomé brillaron de alegría y sonrieron llenos de orgullo.

El cardenal los acompaño hasta la salida del Palacio Papal.

—Nos hubiera gustado pasar un rato a solas con vos y recor-

dar los buenos momentos que nos hiciste pasar, querido papá —dijo Catalina.

—¡Pero no! Ustedes son carne vieja. Ya escucharon a Su Santidad: en unos años, no muchos, traigan a los mellicitos. Les va a gustar conocer al abuelito. Con mucho gusto los voy a preparar para que no desilusionen a Su Santidad.

Catalina se sintió ofendida. La trataron de carne vieja. Sacó una navaja que había escondido en la vagina y amenazó al cardenal. Lo llevaron a un cuarto privado. Bartolomé lo ató de manos y piernas, le puso una mordaza, y lo acostó sobre un inmenso escritorio. Catalina lo castró, puso los huevos adentro de un vaso, y se fueron del Vaticano.

Alquilaron un auto para recorrer la campiña italiana y, en un camino solitario apareció un ovni y fueron abducidos.

Los extraterrestres los pusieron sobre unas mesas metálicas y les metieron tubos y pelotas de básquet en los culos. Les retiraron los tubos, que tenían el mismo tamaño de las porongas de los extraterrestres y eran empleados con el objetivo de romperles bien rotos los culos para que las porongas les entraran enteras. Se los cogieron los doscientos quince extraterrestres que formaban la tripulación del ovni y, después, los dejaron en el mismo lugar en donde había ocurrido la abducción.

Los hermanos Yánez miraron cómo se alejaba el ovni y saludaron con la mano. No tuvieron ninguna clase de problemas,

excepto el tener que sentarse sobre una sola nalga durante una semana.

El incidente les hizo recordar que habían dejado solos a sus dos hijos. Pero habían tenido el cuidado de poner al alcance de sus manos una buena cantidad de galletitas y unos baldes con agua suficiente.

Sacaron un pasaje de avión para Buenos Aires pero nunca llegaron a destino. El avión, los pilotos, los ciento noventa y siete pasajeros, Bartolomé y Catalina desaparecieron en el Triángulo de las Bermudas.

****

Los mellizos estaban a punto de morirse de hambre cuando la casa fue tomada por unos peruanos. Encontraron a los hermanos, los alimentaron, los metieron en una caja y los dejaron en la puerta de una iglesia.

El cura entendió que los había abandonado una de esas madres degeneradas que tienen hijos sin siquiera haberse casado. El cura estaba preparado para casos como este. Entregó los niños a Benita Mura y ella se encargó, como siempre, de hacer los trámites necesarios. Los niños fueron trasladados al norte. Benita se ocupó de ellos hasta que una pareja que andaba buscando un hijo que estuviera en venta, hizo contrato con ella. Ofreció a los dos por un buen precio. La

precio. La pareja creyó que era demasiado caro y Benita tuvo que hacerles una rebaja importante. Estaba apurada en terminar la venta. Quería darle al cura la parte que le correspondía y cobrar su comisión para comprarse un vestido y estar elegante en el casamiento de su hermana.

Los mellizos regresaron a Buenos Aires y fueron anotados en el registro civil como hijos verdaderos de Washington Pérez Gracejo y Tamarilda Costa. A los niños les pusieron Casimiro y Casimira y se esforzaron en darles una buena educación.

Si cualquiera de los dos volcaba un vaso mojando el mantel, les clavaban un tenedor en la mano a los dos. Si se olvidaban de limpiarse la boca con la servilleta antes de tomar la bebida, les ponían un echarpe en el cuello y los estrangulaban hasta que se desmayaban por la falta de aire, luego, les quitaban el echarpe y les pedían que continuaran comiendo. Eran muy exigentes con la higiene.

Los mellizos debían cepillarse los dientes durante una hora y cada vez que hacían caca debían introducir una manguera en sus anos y soltar el agua para que el conducto rectal quedara completamente limpio. Evitando toda posibilidad de que tuvieran piojos, Casimiro y Casimira tenían la cabeza rapada. Era difícil saber quién era uno y otro. Algunas veces, sus padres adoptivos decían:

—A ver, sacá el choto.

Así se enteraban de quién era uno y quién la otra.

A los siete años, Casimiro y Casimira estaban hartos de la educación que recibían. Se pusieron de acuerdo y, mientras dormían, ataron a Washington y a Tamarilda. Aunque se despertaron, nada pusieron hacer para resistirse.

Los mellizos les pusieron esponjas en las bocas y las apretaron con cinta de embalaje. Les taponaron las narices y las orejas con plastilina, les pegaron los párpados con pegamento, y les metieron corchos en el culo. Se sentaron a comer papas fritas mientras miraban cómo Washington y Tamarilda se iban hinchando hasta que estallaron.

Los mellizos, que se orinaron de la risa al ver cómo reventaron sus padres adoptivos, se llevaron un poco de ropa, toda la plata que encontraron y se fueron de la casa.

Estaban profundamente dormidos en un vagón de tren abandonado cuando empezaron a recibir patadas. Abrieron los ojos.

—Acá duermo yo. Tienen que pagarme el alquiler si quieren quedarse —les dijo, a los gritos, Abedul Mazacote.

Los mellizos estaban cansados y le dieron un poco de dinero. Alcanzó para que pudieran seguir durmiendo. Cuando despertaron, buscaron un ladrillo y empezaron a golpear a Abedul Mazacote. Le rompieron todos los dientes. Abedul Mazacote se los tragó y agarró un pedazo de madera con clavos oxidados y le dio unos cuantos palazos en las espal-

das. Chorreados de sangre, los mellizos pidieron clemencia. Les fue concedida a cambio de que le dieran toda la plata que tuvieran. Se la dieron. Como no sabían adónde ir, lo siguieron como perritos.

Los tres empezaron a buscar una soga y un guinche. Encontraron el guinche entre los vagones abandonados. Consiguieron un pedazo de cadena y unos metros de soga. Abedul Mazacote y los mellizos fueron para el cementerio. Abedul se acostó en la vereda de enfrente, mirando el cielo.

Los mellizos lo imitaron, pensando que estaría por ocurrir algún fenómeno. Se hizo de noche y seguían en la misma posición. Abedul se levantó. Era la hora indicada. Fue al cementerio, se dio maña para enganchar la soga con guinche en la parte superior del muro y lo escaló. Los mellizos hicieron lo mismo. Abedul buscó una pala y empezó a violar tumbas. Buscaba una dentadura postiza. Encontró una, pero era demasiado grande para sus encías.

Después de profanar dieciocho tumbas, se probó la dentadura postiza de una vieja y le quedó como hecha a medida. Antes de irse, se le ocurrió ro-barse un cadáver para venderlo. Como le resultó difícil trepar la pared con los huesos, desarmó el esqueleto a patadas y pasó los huesos por las rejas de la puerta de entrada.

Saltó la pared, siempre seguido por los mellizos. Juntó los huesos, agarró a los mellizos, les metió las cabezas

entre las rejas de la puerta y se las ató dejándolos encajados. En una obra en construcción robó una carretilla. Puso el cadáver en la carretilla y se fue a un bar.

Se sentó en una de las mesas de la vereda. Pidió una cerveza con papas fritas. El mozo le preguntó si los huesos eran de plástico. Abedul Mazacote le dijo que era un cadáver. En minutos, apareció un coche de la policía. Abedul les partió la cabeza a los dos policías golpeándolos con la tibia del muerto. Al mozo entregador lo corrió hasta el baño del bar. El mozo se encerró y, al no poder desquitarse con él, le destrozó la cara a trompadas a un cliente y estranguló a otro con un mantel a cuadritos.

Ya estaba como a ocho cuadras, empujando la carretilla, cuando el dueño, el mozo y los treinta y dos clientes que estaban en el bar salieron a la calle llevando unos carteles que decían: «Justicia», mientras gritaban:

—¡Basta de impunidad!

A los medios periodísticos que llegaron al lugar les dijeron:

—¡Estamos hartos de que nadie haga nada!

Abedul Mazacote vendió el cadáver y la carretilla y, con la plata, se compró un traje y un libro de astrología. Terminó de leerlo y se hizo astrólogo. Consiguió una buena clientela pero le pareció que él estaba para cosas más importantes. Engordó setenta quilos, se dejó la barba hasta el ombligo, viajó en barco a la India, se puso una túnica blanca y unas

ojotas, y se sentó abajo de un árbol con un huevo de gallina en cada mano.

La gente pasaba, lo miraba y, algunos, empezaron a sentarse cerca de él hasta que formaron un círculo que, hacia el anochecer, estaba formado por cientos de personas.

Como ya tenía los brazos acalambrados de sostener los huevos, pronunció un mantra que nadie entendió, se puso de pie, alzó la vista mirando el cielo, y aplastó los huevos con el pie.

Hubo una exclamación.

Abedul juntó las dos manos, como si orase, y caminó entre la multitud que, a esta altura, estaba arrodillada frente a su presencia. Uno de los presentes, que llegaría a ser su discípulo preferido, le pidió que dijera su Divino Nombre.

Abedul respondió:

—Soy Aquel que toma forma humana para estar entre vosotros. Soy un avatar purusha, encarnación de Visnú. En la tierra se ha de conocerme como «El Rompe Huevos». Aquel que se encarga de abrirlos para generar la vida.

Abedul, desde entonces conocido como El Rompe Huevos, construyó un palacio que tomó como residencia y recibió donaciones de los visitantes de todas partes del mundo que lo visitaban para verlo rompiendo los huevos. Se convirtió en uno de los hombres más ricos y poderosos y, en muchos países, le rendían culto. Sus enseñanzas fueron codificadas en el *Sagrado Manual del Rompe Huevos* que fue

bestsellers en lenguas inglesa, española, alemana, francesa e italiana. Entre sus seguidores, seleccionaba a modelos y actrices que lloraban de emoción al saber que habían sido consideradas por El Rompehuevos como elegidas y las hacía formar fila, poniéndolas de rodillas. Las elegidas le succionaban el pene hasta que brotaba el Divino Semen que ellas tragaban recibiendo El principio Divino de Vida. Luego, donaban dinero y joyas en agradecimiento de haber podido comer el Divino Semen.

Esta costumbre fue la causa de la caída de El Rompe Huevos. Le tocó una epiléptica que sufrió un ataque cuando tenía el miembro viril de El Rompe Huevos metido hasta la garganta. Fue imposible hacerle abrir la boca. Con la mordida, le arrancó el pene.

El Rompe Huevos tuvo que operarse y se convirtió en mujer. Le construyeron una vagina, le pusieron pechos, adelgazó y viajó a Miami para comprar ropa, zapatos y carteras. Cambió su nombre por el de Bárbara Torrecillas Lawson y, en Las Vegas, jugando a la ruleta, conoció a un texano petrolero y se casó con él.

El texano llegó a gobernador y Bárbara Torrecillas Lawson fue considerada la mujer más elegante del estado. Pero sufrió mucho al enterarse que su marido tenía una amante treinta y cinco años menor a ella. Se calló la boca y lo aceptó porque era conciente que nada podía afectar la carrera

política de su esposo, dirigida a llegar hasta la Casa Blanca. Se consoló tomando como amante a su chofer negro, Freddy Carpentier, que se hizo rico escribiendo un libro sobre su relación con la mujer del gobernador y contando cómo a ella la complacía que le pegaran con una toalla mojada, la ataran en la cama y la quemaran con cera de velas mientras estaba drogada con heroína.

****

Los mellizos Casimiro y Casimira fueron adoptados por otro matrimonio. Jacinto y Erminda Coligua tenían problemas económicos y los mellizos eran la solución. Los hicieron trabajar en publicidad, en teleteatros juveniles y los obligaron a aprender canto para que grabaran un disco. El éxito duró un año y medio. Dejaron de contratarlos. Habían crecido y Casimiro tenía cinco centímetros más de alto, la nariz más larga y el pelo rubio se le había oscurecido quedándole castaño claro.

El matrimonio Coligua los llevó de viaje en el automóvil que compraron con el dinero ganado por los mellizos. Viajaron ochocientos kilómetros y se detuvieron en un bar de la ruta. Les dijeron a los mellizos que fueran a sentarse y pidieran alguna cosa para tomar mientras Erminda iba al baño y Jacinto cargaba nafta. Apenas los mellizos entraron al

bar, Jacinto y Erminda subieron al coche, arrancaron y, a toda velocidad, se perdieron en la distancia.

El encargado del bar los hizo limpiar los baños para que pagaran lo que habían consumido. Los mellizos le preguntaron si podían quedarse por un tiempo pero el encargado dijo que estaba cansado de los chicos y los perros que le dejaban. Un camio-nero se ofreció a llevarlos. Fueron con él sin saber para dónde iba. El camionero cantaba tangos y tomaba mate mientras manejaba.

Al llegar la noche, se detuvo a levantar una puta. Hizo bajar a los mellizos y subir a la puta. El camionero se quejó porque la puta era un travesti y él quería una mujer. Discutieron porque se negaba a pagar. El travesti le decía que se la había chupado y lo había hecho acabar. El camionero le contestaba que él no había sospechado que era un hombre con una poronga más grande que la suya. El travesti sacó un cuchillo de la cartera y se lo clavó en un ojo. Antes de bajarse, como no le pareció bastante, le clavó el cuchillo en el otro ojo.

Los mellizos subieron al camión completamente mojados porque estaba lloviendo con fuerza y caían piedras. Varias piedras les habían pegado en la cabeza y estaban llenos de chichones. Vieron al camionero retorciéndose del dolor y le preguntaron qué le pasaba. Cuando el camionero se sacó las manos y los trapos de la cara y les mostró, los mellizos le dijeron que no era grave, nada más se había quedado sin ojos.

Como a los mellizos le daba risa la desgracia ajena, se pusieron a reír. El camionero, tanteando, buscó un fierro y golpeando por acá y por allá, pudo rajarles las cabezas y los tiró del camión. Los mellizos cayeron muertos en la orilla del camino. El travesti los levantó y los dejó en medio de los yuyales. No eran bueno que los clientes vieran dos niños muertos donde trabajaba.

El camionero estaba decidido a seguir su camino, aún sin poder ver por dónde iba. Hizo unos cien metros y chocó de frente con un auto. De los cuatro ocupantes del coche, tres murieron en el acto. Solamente se salvó Eustaquio Guimard. El camionero escapó por los campos y se convirtió en linyera. Una noche, muy borracho, se quedó dormido cerca de un maizal y unos chanchos se lo comieron.

****

Eustaquio Guimard era puto y gerente de un banco. Para disimular su putez, se había casado con Mariquena Santis, una gorda asquerosa que nunca se afeitaba los sobacos. Mariquena se dio cuenta de la putez de su marido cuando salieron de luna de miel. Siempre lo había sospechado pero era su única posibilidad de casarse y lo aceptó porque no tenía nada de malo ser la señora de un puto. Para darle placer sexual, comenzó introduciéndole un dedo en el culo, si-

guió con dos, luego, la mano entera. Finalmente, juntaba las dos manos y se las metía en el orto como si estuviera dándose una zambullida. Eustaquio siempre pedía más y Mariquena probó metiéndole un pie.

Entusiasmada por darle placer a su marido, lo ponía en cuatro patas, hacía que se agarrara de los barrotes de la cama y, desde atrás, le metía las dos patas hasta el fondo del ojete. Como producto de la calentura, en una ocasión, le estrelló la cabeza contra la pared y hubo que darle veinte puntos de sutura. Probando nuevos incentivos, Mariquena le introdujo una botella de sidra que se fue para adentro del upite porque Eustaquio la absorbió como a un supositorio. Al no poder sacarla, Mariquena tuvo la idea de martillarle el culo hasta que la botella se rompió. Los pedazos de vidrios le quedaron enterrados en distintas partes de las paredes interiores, pero no sufrió heridas mortales aunque estuvo sangrando durante un mes.

El problema para el matrimonio se presentó cuando Mariquena se enamoró de Marcos Lapouyade, el mejor amigo de Eustaquio y tan puto como él. Después que Marcos conoció los placeres que Mariquena podía proveerle, no quiso separarse de ella y la raptó en el camión atmosférico de la empresa de destapaciones de estiércol que había heredado de su padre. Desesperado, Eustaquio fue tras ellos. Los encontró en la cama, desnudos y en el momento en que Mariquena usaba su técnica de introducción de patas en el culo.

No soportando verla con otro hombre, y más siendo su amigo más íntimo, al que había conocido hacía dos semanas en un boliche gay, obnubilado por los celos, Eustaquio los amenazó con una escopeta descargada y los llevó desnudos hasta el camión atmosférico. Los obligó a meterse adentro, después de atarlos y amordazarlos. Al otro día, el empleado fue a hacer su trabajo y llenó el tanque del camión con la mierda que sacó de un restaurante de lujo. Mariquena y Marcos murieron ahogados en la mierda y Eustaquio respiró tranquilo. Se había hecho justicia: dos mierdas habían muerto en la mierda.

Siguió en su puesto de gerente de banco hasta que ocurrió el choque. No sufrió lastimaduras de importancia pero comprendió que estaba demasiado solo. Ya no tenía esposa, no había tenido hijos, había perdido a su único amigo, y su vida no le importaba ni a un gato al que le daba de comer y al que nunca pudo acariciar porque lo rasguñaba y saltaba alejándose de él.

Sus padres lo habían despreciado por puto, sus hermanos estaban avergonzados de él, y había tenido que radicarse en la otra punta del país, donde no supieran que era puto, para conseguir un buen trabajo y ser aceptado por los hipócritas. Pero, el accidente lo deprimió. Pasó mucho tiempo en su casa, comía poco, dormía mal y dejó de mirar películas porno de gays. Cuando ya no tenía esperanza alguna, recordó a su tía materna, Juanita la Putita, como se la conoció

de adolescente y que, ahora, convertida en toda una señora, llamaban doña Juana la Putona. Averiguó su dirección y fue a visitarla.

****

Al bajar del taxi, se sorprendió. Su tía, doña Juana la Putona, vivía en uno de los edificios más costosos de la ciudad. Subió hasta el piso 27 para llegar a un palier privado. Una mucama le abrió le puerta y le dijo que se sentara, la señora lo atendería en un momento.

A su alrededor, los sillones, mesas, lámparas, todo el mobiliario tenía algo del siglo dieciocho, algo del diecinueve y otro poco del veinte. Los colores eran rojos, verdes, turquesas y amarillos. Las paredes estaban empapeladas de un fuerte color anaranjado con dibujos de palmeras y monos azules. El techo era negro con lucecitas de colores que se encendían y apagaban en forma intermitente. Después de ocho horas de esperarla, apareció su tía doña Juana la Putona.

—¡Querido sobrino! Es una buena oportunidad para pedirte la plata que me quedó debiendo tu asqueroso padre. El mal parido, nacido de una cerda inmunda, usó mis órganos genitales pagándome con cheques sin fondo. ¡Así le fue! ¡Reventó como un sapo fumando! ¡Y tu madre, esa patas sucias, que me prometió poner a mi nombre los terrenos de

Córdoba si le sacaba de encima al inmundo de su marido, tu padre! Ella también, me engañó y se quedó con los terrenos después que lo hice reventar en la cama al viejo choto. Porque era un viejo rechoto de setenta y cinco años al que ya ni le servía la lengua. ¿Vas a pagarme?

Eustaquio no tenía el dinero suficiente. Su tía lo hizo arrodillar y lamerle la vagina hasta que se le acalambró la lengua. Continuó metiéndole un consolador y, una vez, que la lengua recobró flexibilidad, volvió a lamer la vagina. Pasadas tres horas, doña Juana la Putona se dio por satisfecha. Aceptó que su sobrino se quedara con ella como sirviente. Eustaquio le dijo que tenía un buen puesto en un banco. Esto iluminó a la tía que ideó robar el banco. Conocía a la gente apropiada y su último novio, al que consideraba el único verdadero amor de su vida, le había demostrado ser un hombre de múltiples recursos.

Vestido como un criado de la corte de Luis XV, con librea y peluca blanca, al día siguiente, Eustaquio abrió la puerta. A sus espaldas, escuchó una exclamación. Doña Juana la Putona corrió a los brazos de su amante. El amante se apoyó contra la pared para resistir la embestida. A pesar del violento tetazo, el hombre se mantuvo de pie y extendiendo todo lo que pudo los brazos, consiguió abrazar una parte de la cintura de doña Juana la Putona. Para esa época, aquella cintura adolescente de 58 cen-tímetros se había convertido en una de un metro y treinta y seis centímetros porque si algo tenía de

sobra doña Juana era carne y grasa distribuida en partes iguales desde el cuello hasta los tobillos. Cada una de sus tetas pesaba unos veinte quilos y pocos hombres tenían la boca lo suficientemente grande como para que les entrara uno de esos pezones del tamaño de un huevo frito. Esto era una de las cosas de su amante que enloquecía a doña Juana la Putona: la forma en que le mordía las tetas, como si estuviera masticando ubre de vaca asada.

Con una amplia sonrisa que dejaba ver sus dos dientes de oro, doña Juana dijo:

—Sobrino, te presento a mi adorado novio y futuro esposo, Solomón Gothe.

****

El plan para robar el banco que ideó doña Juana la Putona, fue desechado por Solomón. Confiando ciegamente en él, doña Juana aceptó el nuevo plan. Todo lo que ella debía hacer era contratar a un borracho, un ciego y un retardado mental. Solomón se encargaba del resto.

Decidido a realizar el robo del siglo, sin tener la menor vacilación, fue directamente a ver al comisario de la zona. Le propuso darle el treinta por ciento. Un veinte para él y el diez para repartir entre todos los policías de la comisaría. El comisario Rosendo Amestoy aceptó de inmediato.

Luego, Solomón fue a ver al gerente del banco y al tesorero y, a cambio de las llaves que abrían la bóveda del banco, les daría un veinte por ciento a cada uno. Ambos aceptaron. A los empleados del banco les prometió un diez por ciento que repartirían entre todos, incluido el personal de seguridad y limpieza.

El día del asalto, Solomón, vestido con pantalones bermudas, camisa floreada y anteojos negros, entró al banco acompañado por el ciego, el borracho y el retrasado mental. A los tres les dio ametralladoras y tenían que mantener quietos a todos los clientes y empleados. Excepto Solomón, nadie, ni siquiera doña Juana la Putona, conocía el plan de Solomón.

Sin ninguna dificultad, robó más de cien millones de dólares, los cargó en un camión de mudanzas que esperaba en la puerta y se fue. De inmediato, llegó la policía. Capturaron al ciego, que no pudo encontrar la puerta de salida. El borracho se quedó dormido en el suelo y el retrasado mental comía manices que Solomón le dio, a la vez que le dijo que lo esperara hasta que él volviera y que no rompiera nada.

Hombre de palabra, entregó el dinero que prometió al comisario, al gerente y a los demás. Hizo una llamada anónima diciendo que todo el dinero lo tenía la jefa de la banda, doña Juana la Putona y su amante, Eustaquio Guimard. Agregó que eran extremadamente peligrosos y que estaban armados. El comisario Rosendo Amestoy con sus hombres

los tomaron de sorpresa y, sin darles tiempo a nada, los ametrallaron. Ya caídos, Amestoy escupió sus cadáveres y les pegó tres tiros de pistola en la cabeza porque se le dio la gana. El periodismo habló durante días del asalto y de la actuación del comisario Amestoy, un ejemplo para toda la fuerza. Su acción en el asalto, le valió un ascenso a jefe de policía y, poco después, a secretario de seguridad.

Con más de cuarenta millones de dólares que se reservó para él, Solomón se compró un yate y decidió viajar a las Antillas. Pero, apenas zarpó, se acordó que no sabía nadar. Le ordenó a la tripulación regresar al puerto y, apenas puso un pie en tierra, se fue a comprar un helado. Lo tomó sentado en el piso, a la sombra de un paraíso. Se quedó dormido y, al despertar, no se acordaba que había comprado un yate y que había dejado tres valijas con veintiocho millones de dólares en su camarote. Metió la mano en el bolsillo, encontró unas monedas que le alcanzaban para un pasaje en colectivo.

Sentado en el último asiento, con las piernas cruzadas, Solomón comenzó a sentir hambre y no pudo sino pensar que es muy triste la vida del que, como él, no tiene para comer ni una empanada. Se sacó las medias y, yendo por el pasillo del colectivo, las ofreció:

—Para la dama, para el caballero, un finísimo par de medias que en cualquier negocio del ramo cuesta tres veces más. Y, como si esto fuera poco, también un pañuelo de

seda china para obsequiar al esposo, al novio, al ser amado. Todo por el mismo precio. Señor, señora...

Hizo la venta y bajó del colectivo dando un salto. El comprador, sacando medio cuerpo por la ventanilla, le gritó que era un sinvergüenza, que las medias estaban agujereadas y con olor a patas, y el pañuelo, lleno de mocos.

Solomón entró a un restaurante con el mejor ánimo de comer un bife con ensalada. El mozo le preguntó si quería la ensalada ya aderezada. Solomón le dijo que sí. El mozo se puso de espaldas, sacó la pija y echó una meada en la fuente de ensalada. La revolvió con las manos y la puso sobre la mesa. Solomón la probó y, muy complacido, asintió con la cabeza.

El mozo se llamaba Ángel Lobín y era su primer día de trabajo en el lugar. No sabía nada de gastronomía y odiaba tener que servir las mesas. Consiguió el empleo porque el anterior mozo, Walter Parejero (hijo del viejo Parejero, que tocaba el acordeón con los pies porque le tocó el culo a una gorda que mataba pollos con un hacha y la gorda le cortó las manos de dos hachazos), se había suicidado un día antes en el sótano del restaurante colgándose con una soga. Todavía estaba colgado porque el dueño no estaba dispuesto a tener cerrado el fin de semana.

****

El mozo, Ángel Lobín, persiguió por tres cuadras a Solomón después que, según su costumbre de irse sin pagar, salió corriendo del restaurante. Ángel Lobín consideró que el dueño, Martiniano Reyes Fonseca, era injusto haciéndole pagar lo que el cliente no había abonado. Al otro día, se presentó llevando escondido un quilo de insecticida. Envenenó todas las comidas y murieron tres clientes. Ocho entraron en estado de coma pero se salvaron. Dos gordos de más de 140 quilos se tragaron el insecticida y apenas les produjo un exceso de gases.

El dueño, Martiniano Reyes Fonseca, descubrió que Ángel había sido el envenenador. Le clavó un hacha de cocina en medio de la espalda, le puso una soga en el cuello y lo colgó al lado del mozo suicidado.

La policía tuvo algunas sospechas. No era frecuente que dos mozos se suicidaran al mismo tiempo, con una soga idéntica y colgados de la misma viga. A los forenses les llamó la atención el hacha clavada en la espalda de Ángel Lobín, pero el dueño, Martiniano Reyes Fonseca, les dijo que era usual en el gremio gastronómico que el cocinero le diera un golpe en la espalda a un mozo que cometía errores. En este caso, reconocía, era posible que el cocinero se hubiera excedido un poco pero sin mala fe.

A la semana siguiente, el caso había quedado en la nada porque ninguna pista llevaba a pensar que no fuera un asunto de doble suicidio de un par de mozos gays que aca-

ban con sus vidas como Romeo y Julieta con las suyas.

El restaurante, con la publicidad conseguida, aumentó la clientela ya que la gente quería ver el sitio en que se habían suicidado los amantes putos. Martiniano Reyes Fonseca aprovechó para aumentar los precios y agregar en el menú un plato que bautizó: «Putines a la boloñesa».

Martiniano Reyes Fonseca era hijo de un general y era el menor de catorce hermanos. Nunca llegó a conocer a los ocho primeros porque dos de ellos se ahogaron en el río antes de cumplir diez años; tres se quemaron vivos cuando se incendió su cuarto; dos fueron secuestrados, el padre no quiso pagar el rescate, y los asesinaron después de ir cortándoles un dedo por semana para mostrar que estaban dispuestos a todo. El general dijo que jamás daría un centavo por dos niños de once y nueve años teniendo varios más en la casa. Agregó que esos dos era los más feos. Al octavo hermano que no conoció fue al llamado Nazareno, al que el padre echó de la casa por ser muy puto y bailarín de ballet.

El orgullo de la familia era su hermana Jessica, que se casó con un mafioso estadounidense, accionista de dos hoteles de Las Vegas, y uno de los más respetados criminales del país. Las conexiones del mafioso con el presidente, senadores y jueces, le sirvieron al general para ocupar un puesto de importancia en una empresa fraudulenta que tenía como objetivo el lavado de dinero proveniente del narcotráfico. Pero

Jessica se enteró que su marido, el mafioso, tenía dos amantes y lo engañó acostándose con un negro pijudo. Jessica y el negro pijudo terminaron adentro de un bloque de cemento mientras su padre, el general, se cayó por la ventana de un piso treinta.

Cuatro de los hermanos de Martiniano Reyes Fonseca formaron una banda de rock. Tocaban como el culo y se la pasaban drogados hasta la manija. En un recital al que habían asistido once personas sin pagar la entrada, tomaron un exceso de cocaína, mezclándola con heroína, hachís, marihuana, vino, vodka y whisky. Entre vómitos, pedos y diarreas, los cinco reventaron en el escenario mientras el público deliraba ovacionándolos y preguntando las edades para saber si alguno de ellos ingresaría al club de los 27.

Como su madre hacía años que estaba presa por asesinar a su mejor amiga, a la que no le perdonó que la dejara por otra mujer, más joven que ella, toda la familia que le quedaba era su hermano, el bailarín puto.

El hermano puto se hizo travesti y cambió su nombre de nacimiento por el de Antonella de Roma. Dedicada al canto y al baile, llegó a la televisión y, promoviendo escándalos, se ganó un lugar de privilegio convirtiéndose en primera vedette del teatro de revistas. Ya convertida en una diva, visitó a su hermano en el restaurante. Acordaron encontrarse a la noche siguiente. Martiniano Reyes Fonseca llevó a An-

tonella de Roma a un garaje abandonado con la excusa que tenía guardada una Ferrari deportiva. Cinco neo nazis con las calvas cabezas tatuadas, molieron a palos a Antonella de Roma, al grito de:

—¡Muerte a los putos de mierda!

Finalmente, Martiniano Reyes Fonseca se transformó en hijo único y en heredero universal de todos los bienes de su familia. Enriquecido, se dispuso a acrecentar sus negocios y disfrutar de la vida pero tuvo mala suerte. Compró un campo y se sentó a cagar en el inodoro. No había cloacas pero sí un pozo ciego lleno de mierda. El piso se hundió y puede decirse que Martiniano Reyes Fonseca se fue a la mierda.

****

En su huída del restaurante, Solomón corrió en exceso y, sin aire, cayó desmayado. Todos los que pasaban esquivaban el cuerpo pensando que estaba muerto. Al recuperarse, un poco mareado, siguió caminando y llegó al puerto. Vio un barco a punto de zarpar y lo abordó escondiéndose entre unas bolsas. Durante tres días, nadie advirtió la presencia de un polizonte. Pero Solomón ya se sentía cómodo y confiado y se puso a mear por la borda del barco. Dos marineros lo llevaron frente al capitán Huerta de Flores, que era conocido como Orca Asesina. De inmediato, ordenó que a Solomón le

cortaran los brazos para que no pudiera nadar y lo tiraran al mar.

Solomón le dijo que no podía hacer eso ya que ambos eran hermanos. El capitán Huerta de Flores permaneció inmóvil. No había esperado encontrarse con su hermano en una circunstancia como esta. Le preguntó como sabía que eran hermanos y Solomón le respondió que lo sabía porque eran hijos de los mismos padres. Eran hermanos mellizos.

A él, siendo un bebé, lo secuestraron unos gitanos y lo llevaron al desierto de Kalahari, donde pasó su infancia juntando agua en un oasis y cargando el ánfora por seiscientos kilómetros para que los gi-tanos se lavaran sus patas mugrientas. Después, lo llevaron a Kiev y tuvo que trabajar con un oso bailarín en medio de la calle, con treinta y cinco grados bajo cero, para darles las monedas que recogía a los gitanos. Durante años intentó escaparse pero los gitanos le habían puesto un grillete en el cuello, con una cadena que llegaba hasta sus tobillos y que terminaba en una bola de acero de ochenta quilos.

Recién escapó cuando unos beduinos asaltaron a los gitanos, les quitaron todas las pertenencias, y los mataron a todos, excepto a dos gitanas adolescentes que estaban muy buenas, y a él porque necesitaban un cocinero. Mientras los beduinos dormían, Solomón escapó en un camello y llegó a Islandia, donde comenzó a trabajar como panadero y,

después de ganar un poco de dinero, salió en busca de su hermano.

El capitán Huerta de Flores, muy conmovido, abrazó a su hermano y lo ubicó en un camarote. Al día siguiente, Solomón inició un motín. Le quitaron el mando al capitán Huerta de Flores y lo tiraron al mar en una zona que, seguramente, se lo comerían los tiburones. Solomón se hizo pirata y comenzó a asaltar las embarcaciones que viajaban por el Mediterráneo. Ganó una fortuna en poco tiempo. Pero no tomó en cuenta a los turcos, que dominaban la piratería del Mediterráneo. Un submarino lo tor-pedeó y Solomón se convirtió en un naúfrago. Pasó quinientos quince días sentado sobre una puerta navegando sin rumbo hasta que llegó a Copacabana.

Como no se acordaba de qué forma había llegado a Brasil y, menos, que había estado casado, por lo menos, un par de veces, se casó con una mulata, Sonia Abreu, recién salida de la cárcel donde estuvo condenada por asaltante, secuestradora y homicida. Solomón que, cada mes, se hacía más impotente, nunca pudo meter su poronga en la cachucha de Sonia. Como ella estaba cansada de ser penetrada por hombres pijudos, encontró en Solomón a su ideal masculino. Ella se masturbaba mientras él la miraba.

A la semana, Solomón empezó a aburrirse de mirarla y, cada vez, que Sonia Abreu gemía y se movía caliente en la cama, él encendía el televisor para mirar teleteatros. Esta

indiferencia hacía arder a Sonia Abreu que, al acabar, lo abrazaba diciéndole:

—Ningún hombre me hizo gozar como vos.

Sonia Abreu organizó un comedor para alimentar a niños pobres. De entre esos niños, separó a los más hijos de puta y formó una banda de asaltantes. Les enseñó a usar armas de fu-go y a asesinar, les dijo:

—No anden gastando balas al pedo. Apunten a la cabeza. Un solo tiro en medio de la frente.

Con la plata robada, Sonia Abreu compró un campo y se dedico a sembrar café. Solomón se subió al tractor y salió a dar una vuelta por la estancia. Se entretuvo y, cuando se dijo cuenta, había cruzado la frontera y estaba en una autopista. Cuando vio el Obelisco, se dio cuenta de que había vuelto a Buenos Aires. Estacionó el tractor y, como tenía el culo aplastado de estar más de setecientas horas sentado, se fue caminando a la costanera para comer una parrillada y se encontró con Giusseppe el Avestruz.

****

Hacía tres meses que Dorita Vicentica había abandonado a Giusseppe el Avestruz. Se había ido con el hijo de Giuseppe, de catorce años y al que consideraba mucho más hombre que al padre. Esto le dijo a Giusseppe cuando lo llamó por teléfono para decirle que no se olvidara de pagar la

patente del auto que ella se había llevado. Giusseppe la insultó tratándola de puta y Dorita Vicentica le dio el teléfono al hijo de Giusseppe. Este lo trató de viejo de mierda y de meterse en lo que no debía. Si no había sabido coger bien cogida a Dorita, él lo estaba haciendo porque le sobraba pija y calentura. Giusseppe escuchó los gritos de Dorita al ser taladrada por el culo por la inmensa pija de Mar-quitos, el hijo de Giusseppe.

—¿Escuchás, viejo marica? ¡Así le doy a tu ex mujer! La tengo en cuatro patas y se la enterré hasta los huevos. ¿Qué decís, viejo pijita?

—Dejanos en paz —intervino Dorita Vicentica—. Soy feliz con tu hijo. No quieras destruir nuestra felicidad.

—¡Mi hijo también es tu hijo! Nació de la misma concha por la que, ahora, te coge. ¿Te parece natural?

—¿Qué? ¿Ahora, vas a decirme con quién puedo y con quién no puedo coger? Dedicate a pagar la patente del coche y a mandarme puntual la cuota alimentaria para mí y para tu hijo, al que tenés que mantener porque es menor de edad.

Giusseppe la denunció por abuso de menores. La absolvieron y Dorita inició juicio de divorcio. La jueza que intervino en la causa le dio la custodia definitiva del hijo a Dorita Vincentica, prohibió a Giusseppe acercarse a su hijo o a su ex mujer a menos de trescientos metros, le fijó una cuota alimentaria del cien por ciento de lo que ganaba y otorgó la

casa y el auto a la madre y al hijo. Giuseppe, en la ruina completa, se hizo trapito y cuidaba de los autos estacionados en las cercanías de los restaurantes de la costanera. Cuando no le daban una propina importante, les rayaba el auto con una moneda y, si estaba nervioso, les rompía los faros con un martillo.

Hubo dos automovilistas que lo denunciaron y la policía los metió presos por agresión a un trabajador honesto, intento de homicidio, portación de armas, ya que les secuestraron un des-tornillador que podía ser usado como arma y un alicate cortauñas pero que podía ser empleado para cortar la yugular. Fueron presos ocho años. En la cárcel, los violaron reiteradas veces, los hicieron trabajar como sirvientes de los pesados de la cárcel y, a uno de ellos, le sacaron un ojo con alambre porque cebó el mate frío y lavado.

A Solomón se le ocurrió poner una agencia de autos. Solomón y Giuseppe el Avestruz ponían carteles en los techos de los coches estacionados diciendo: «Se vende». Siempre pasaban gitanos y se los vendía a un buen precio. Un domingo, vendieron una fila completa de catorce automóviles.

Cuando los dueños preguntaban por sus coches y empezaban a hacer una escena, les respondían que se los había llevado la grúa. No habían podido hacer nada porque la policía, en complicidad con los de la grúa, los había golpeado con ferocidad. Entonces, les mostraban unos

moretones en los brazos que ellos mismos se habían hecho y la cabeza de Giusseppe envuelta con una venda roja de sangre, que no era sangre sino esmalte de uñas pero que daba resultado como efecto especial. Los dueños de los coches se iban insultando a la policía y a los de la grúa mientras Solomón y Giuseppe el Avestruz se cagaban de risa y se gastaban la plata que se habían choreado.

****

Pasaron por una plaza y vieron una calesita. Contrataron un camión de mudanzas con tres peones, y, a la noche, se robaron la calesita. La trasladaron hasta una plaza en la otra punta de la ciudad. Cuando el camionero y los peones quisieron cobrar, Solomón les dijo que no negociaba con ladrones y que se fueran enseguida porque iba a denunciarlos a la policía. Solomón estaba acostumbrado a decir las cosas y salir corriendo, pero a Giusseppe le faltaba práctica. Recibió una paliza y quedó rengo y tuerto para siempre.

Solomón le hizo entender que no era nada y que se harían ricos con la calesita. El inconveniente apareció al tratar de hacer funcionar la calesita. Tenía el motor quemado y costaba mucho dinero arreglarlo o comprar uno nuevo. Solomón contrató a una familia que dormía en la calle. Un matrimonio y tres hijos con edad entre los siete y once años. A

cambio de dejarlos dormir en el espacio del motor, la familia tenía que hacer girar la calesita. Los cinco entraban a la sala de máquina, que había quedado vacía, y agarraban unas manijas que Solomón hizo colocar.

Todo lo que tenían que hacer era correr haciendo que la calesita diera vueltas hasta que terminara la música. Al no tener gastos, el negocio les hizo ganar algo de plata pero no la suficiente como para comprar un pozo petrolero en Arabia, como lo habían pensado. Además, Giuseppe el Avestruz seguía deprimido por el abandono de su mujer. Solomón se cansó del negocio y de los llantos de Giuseppe y le prendió fuego a la calesita para dejar definitivamente atrás esa etapa de su vida pero se olvidó que la familia estaba durmiendo adentro. Uno de los niños se salvó aunque quedó con el cuello y media cara destruidos.

Giussepe se convirtió en un borracho y dormía en los umbrales de los negocios. En unas bolsas de basura, encontró un sobretodo. Se lo puso y se acostó a dormir. Metió las manos en los bolsillos para protegerse del frio y encontró un papel. Lo miró. Era un billete para jugar al loto. Al otro día, fue a una agencia de loteria. Acertó los seis números y los dos Jack. Ganó seis millones de dólares. Se compró un departamento de lujo, un auto importado y un yate. Siguió siendo un borracho pero, ahora, no lo consideraban borracho sino un jueguista.

Después de dos meses de continua diversión,

volvió a estar deprimido. Dorita Vicentica se enteró que él había ganado el loto y lo buscó. Al encontrarlo, Dorita le dijo que ella y su hijo lo habían perdonado. Giuseppe lloró de emoción y recuperó a su familia. Después que puso todos sus bienes a nombre de Dorita, se levantó una mañana y ella y su hijo Marquitos no estaban. Le dejaron una nota: «Te cagamos, viejo boludo».

****

Buscando venganza, Giuseppe el Avestruz contrató a un asesino a sueldo para que matara a su esposa y a su hijo. El sicario era Emiliano Zapato, conocido por su crueldad. Emiliano pertenecía a una familia de mexicanos asesinos. Su padre, su abuelo, su bisabuelo, y sus cuatro tíos, eran asesinos. Pero ninguno de ellos alcanzó el renombre de Emiliano. Comenzó asesinando desde niño. Su primera víctima fue María Isabel, su hermana, de doce años.

Emiliano tenía, por entonces, siete años. Enojado con ella por ser la preferida de su padre y por haberle comido los bizcochos que a él le correspondían, le pegó con una piedra en la cabeza. María Isabel cayó atontada y Emiliano Zapato le machacó la cabeza hasta que los ojos se le salieron de las órbitas y los sesos quedaron desparramados por el pasto.

Durante la cena, su padre, Pancho Zapato, notó la ausencia de su hija predilecta y preguntó por ella. Al no recibir respuesta, la buscó y encontró su cadáver. Enfurecido, culpó a sus vecinos, los Voger, una familia de mormones alemanes que lo tenían podrido queriendo hacerle leer la Biblia cada vez que lo encontraban. Les dio unos balazos en la nuca al señor Voger, a su señora, y a sus siete pequeños hijos mormones. Bastante aliviado, regresó a su casa y, a los gritos, le dijo a su mujer, Blanquita Miño de Zapato, que la comida se había enfriado. Blanquita corrió a calentarla mientras Pancho Zapato comenzó a emborracharse con tequila.

—Fui yo el que la maté —dijo Emiliano Zapato, mirando a los ojos a su padre.

Pancho Zapato demoró en darse cuenta que le estaba diciendo la verdad. Se puso de pie para agarrar el revólver y vaciar el cargador sobre su hijo. Pero sintió las piernas flojas, un poco se mareó, la garganta la tenía seca y oprimida.

—Y puse veneno en el tequila —dijo Emiliano.

Así comenzó a ser conocido y, en pocos años, su nombre se convirtió en el más temido de toda Veracruz. A la edad de dieciséis, decidió hacerse profesional y ya no matar por matar sino a hacerlo por dinero. En ocho años, asesinó a setenta y dos hombres y veintidós mujeres, incluidas tres que estaban embarazadas de más de siete meses. A estas les dio dos balazos, uno para ellas y el otro para el niño que

llevaban en el vientre, para que no quedara nadie que pudiera vengarlas.

Sus problemas comenzaron cuando, sin saber a quién estaba matando, le dio un tiro de rifle, disparando desde trescientos me-tros de distancia, al hijo de Gonzalo González Peteña, el mayor narcotraficante de todo México. Emiliano Zapato se hizo cirugía estética, consiguió documentos falsos, y huyó a Guatemala, donde mató a un presidente.

Siguió viaje hacia Brasil, liquidó a cuatro sindicalistas y a la mujer de un marido cornudo; llegó a Uruguay, pasó dos semanas tomando sol en Punta del Este y acostándose con putas; meses después, viajó a Argentina, donde, rápidamente, se hizo un lugar entre los asesinos a sueldo, siendo el preferido de los grandes empresarios que necesitaban librarse de alguien que les molestaba. Cuando el trabajo disminuía y pasaban más de tres días sin matar a alguien, aceptaba encargos menores como el que le pidió Giuseppe el Avestruz.

Dos horas más tarde de recibir el encargo, Dorita Vincentica y su hijo estaban muertos. Los encontró desnudos, en la cama, montados el uno sobre el otro. Emiliano Zapato era un buen cristiano y ver a una madre y un hijo enganchados como perro y perra en celo, lo hizo vomitar. Fue a verlo a Giuseppe y le dijo que no iba a cobrarle. Lo que había visto era una inmundicia y él se había limitado a cumplir lo que Dios mandaba. Ya se estaba yendo y se arrepintió.

Quiso cobrar y Giuseppe el Avestruz le contestó que no tenía plata y que, recién, podría pagarle cuando recuperara su dinero al recibir la herencia de su esposa, Dorita Vincentica. Tuvo que ponerse de rodillas e implorarle a Emiliano Zapato para que no lo matara. Viendo el modo en cómo este lo miraba y comprendiendo que le iban a agujerear el cuerpo a balazos, dijo:

—Yo no soy el marido de Dorita Vincetica ni ese que estaba con ella es mi hijo. Soy un intermediario. El verdadero marido y el que lo contrató a usted, don Zapato, es Solomón Lothe.

Respiró un poco más tranquilo, Emiliano Zapato había dejado de apuntarle con el revólver y se rascaba el culo con el caño. Pero Giuseppe el Avestruz no llegó a ponerse de pie. Recibió dos tiros, uno en cada ojo. Emiliano Zapato guardó el arma y salió en la búsqueda de Solomón Lothe. Se detuvo, sacó, de nuevo el revólver y volvió a rascarse el culo con el caño. Tenía parásitos que le hacían picar el ojete.

****

Llegó a un conventillo de la Boca y fue a una de las piezas del fondo. Encontró a Solomón con las patas metidas en una palangana para aflojarse los callos. Emiliano Zapato le puso el revólver en la sien y le dio cinco segundos para que le pagara. Emiliano Zapata era analfabeto y no sabía contar

más que hasta cinco. Mientras le apuntaba, se rascaba el culo con la mano libre. Solomón le dijo que eran síntomas de la tenia saguinata y que se la iba a curar. Le dio un vaso de leche fria con ajos picados, ginebra, fernet, sal y jugo de naranja. Emiliano Zapato cagó doce horas seguidas y soltó lombrices de veinte centímetros.

Deshecho, se acostó a dormir en la cama de Solomón. Al despertarse, en la mañana, se sentía distinto. Le agradeció a Solomón y le dijo que le pagara enseguida o que iba a matarlo. Solomón le contestó que lo había escuchado hablando dormido y que prestó atención a su voz muy masculina y melodiosa. Le pidió que cantara un bolero. Emiliano Zapato cantó «Solamente una vez», continuó con «No me platiques» y terminó con «Toda una vida». Solomón le aseguró que lo haría triunfar. Emiliano Zapato se entusiasmó con la idea y así empezó su carrera de cantante. Solomón era su representante y le consiguió una gira por toda América.

En menos de seis meses, Emiliano Zapato se transformó en ídolo de las mujeres, grabó dos discos, y ganó una fortuna. «La Voz de América», como lo publicitaba Solomón, estaba en la cima cuando tuvo el mejor contrato de toda su carrera. Se pre-sentaría en la televisión mexicana y daría un ciclo de diez re-citales en el Palacio de Bellas Artes. La gira terminaría en el Madi-son Square Garden, en los Estados Unidos, y la grabación de un disco en Miami cantando a dúo

con los principales cantantes de blues y pop. Solomón estaba feliz con su obra. La felicidad duró hasta que Emiliano Zapato dio su primer recital en México y que sería el último de su vida.

En la primera fila de la platea, estaba sentado Gonzalo González Peteña, al que Emiliano le había matado el hijo. Emiliano Zapato inició el recital cantando «Bésame mucho». «Bésame» y «mucho» fueron las dos únicas palabras que alcanzó a decir. Gonzalo González Peteña y sus cuatro custodios le dieron cuarenta y cuatro balazos. La policía mexicana caratuló el caso como muerte accidental y Solomón se quedó sin trabajo. Deprimido, se le dio por tomarse unos tequilas. Se emborrachó y, al despertarse, no se acordaba cómo había llegado a México.

~~~~~~~~~~~~

Después de caminar dando quince vueltas a la misma manzana porque no sabía para qué lado ir, Solomón se detuvo en la parada del bus. Subió y cayó desmayado en el pasillo. Era un desmayo falso para no pagar el boleto. Se sentó junto a una ena-na, Mercedes Rivera. La enana le preguntó si había comido. Solomón le contestó que no recordaba cuándo lo había hecho por última vez, lo que era cierto porque no se acordaba.
~~~~~~~~~~~~

La enana lo llevó a comer salchicas, simpatizó con él y lo llevó a su casa. Le dio una cama y le pidió que se sintiera como en su casa. Solomón se quedó dormido y, en la mitad de la noche, abrió los ojos encontrándose con la enana Mercedes Rivera subida sobre él y moviéndose como si funcionara a baterias. Solomón se puso las manos bajo la nuca y se quedó mirando cómo la enana trataba de pararle su pija arrugada. En algún momento, lamentó que no hubiera un televisor en el cuarto como para ver una película. A la enana se le acalambraron las mandíbulas sin poder ponérsela dura y, como era de la clase de enana que nunca acepta el fracaso, se puso a gritar:

—¡Ah, me desprecias, hijo mal parido de una ramera sifilítica!

Solomón se quedó callado y se acomodó un huevo que la enana le había apretado.

—¡Ahora sabrás quién soy yo! ¡Nadie se burla de Mercedes Rivera!

La enana salió corriendo y volvió corriendo con una tijera de podar. Le agarró la pija y, cuando estaba a punto de rebanársela, Solomón la sujetó de la cintura, la levantó en el aire y la estrelló contra el techo. La enana cayó rebotando en el colchón. Solomón se paró en la cama, le pegó una patada a la enana que la hizo estrellar contra la pared. Guiado por el instinto de supervivencia, Solomón aprovechó que la enana había quedado tirada en el piso y empezó a dar saltos sobre ella. No estuvo seguro si la enana estaba muerta o des-

mayada, pero, lo mismo, la metió en una valija. Agarró toda la plata que encontró y salió con la valija hacia la estación de trenes.

Se paró a esperar un taxi y vio que un camión cargado con botellas de cerveza daba marcha atrás estacionando junto al cordón. Solomón abrió la valija y tiró a la enana sobre la calle. La rueda del camión la aplastó. Solomón gritó que el conductor era un asesino. Se juntó gente e insultaron al conductor. Solomón pidió que se lo linchara, él había sido testigo de cómo había retrocedido con el camión a toda velocidad al ver que la pobre enanita cruzaba despacito la calle. Él, como psiquiatra de renombre, podía reconocer a un psicópata asesino de enanos.

En el momento en que la gente buscaba un poste donde colgarlo, apareció un automóvil de la policía. Se llevaron detenido al conductor. Hubo un juicio y lo condenaron a prisión perpetua. El conductor juró por sus hijas que era inocente y que no había visto a la enana. Pero fue decisivo el testimonio del renombrado psiquiatra argentino. Solomón Lothe. El aseguró que, en su conocido libro, *Seis casos de psicopatía en camioneros asesinos de enanos*, había probado científicamente que en un ochenta y siete por ciento de los conductores de camiones de cerveza y vino aparecía el TAE (Trastorno Asesino de Enanos). Después de ese testimonio en la corte, los abogados más renombrados lo

contrataban como perito de parte. Con el testimonio de Solomón, diecisiete inocentes fueron presos de por vida y treinta asesinos quedaron libres.

Una violoncelista demente se enamoró de él y Solomón se volvió a casar, ignorando que ya lo había hecho varias veces. La violoncelista ensayaba durante doce horas diarias y las otras doce, escuchaba la grabación de lo que había ensayado. Solomón se pudrió y le quemó el violoncelo. La violoncelista quiso matarlo cortándole la cabeza con un serrucho. Solomón se despertó a tiempo y la internó en un hospital psiquiátrico. Liberado de su esposa, cambió de profesión. Dejó de ser psiquiátra y se sentó en la vereda a vender morrones.

****

Pasada una semana, el negocio había progresado. Solomón, a la venta de morrones, agregó ajos. Un hombre gordo, Terencio de Aquitania, le pidió una ristra de ajos de la mejor calidad. Los necesitaba para combatir a los vampiros. Un vampiro rumano había mordido a su esposa, Eleusis de Aquitania, convirtiéndola en vampiro.

—Hay que clavarle una estaca en el pecho a su mujer y otra al vampiro —dijo Solomón.

—Tengo las estacas, el agua bendita y la cruces. Me faltan los ajos. Tenía, pero se secaron y no sirven si no

despiden un olor fuerte, el famoso olor protector de mordeduras de vampiros, especialmente, si pertenecen a la dinastía rumana de Vlad Dracul.

Solomón cerró el negocio. O sea: metió los morrones y los ajos en una bolsa, se la puso al hombro, y fue con Terencio de Aquitania a terminar con los vampiros.

—Hay que apurar el paso. Tenemos que llegar antes de la noche y evitar que, con la oscuridad, despierten —dijo Terencio de Aquitania—. Conozco el escondite.

Se demoraron porque el ómnibus quedó atascado en una manifestación y, al llegar, ya era de noche. Al frente, había una mercería. El escondite de los vampiros estaba en la parte de atrás. Terencio de Aquitania era un experto en cerraduras. Tenía una cerrajería en la galería de la otra cuadra. Además, él había hecho las llaves de la mercería y siempre conservaba duplicados. No le fue difícil abrir la puerta. Moviéndose con sigilo, cruzaron de punta a punta el local de la mercería y encontraron una puerta de madera, con un enorme picaporte metálico. La puerta estaba entreabierta. La empujaron. Había un fuerte olor a carne. Por un largo pasillo, llegaron a una segunda puerta. También estaba entrecerrada. Había una luz encendida.

—Es el olor putrefacto de las víctimas —murmuró Terencio de Aquitania—. Prepárese para la lucha contra estos hijos del infierno.

Solomón dejó la bolsa con los morrones y los ajos en el piso, tomó una estaca con una mano y el martillo con la otra.

Terencio de Aquitania pareció estar juntando valor. Al fin, pegó una patada a la puerta. Los vampiros, sorprendidos, pegaron un alarido al unísono. La mujer vampiro, que fuera en vida Eleusis de Aquitania, soltó la plancha de los bifes, que produjo un sonido infernal al chocar contra el frío suelo. El vampiro tenía puesta una servilleta atada en el cuello. La servilleta le cubría el pecho y parte del obeso vientre. En su mano monstruosa, sostenía el tenedor en el que estaban clavadas unas papas fritas. Sobre un plato, había un trozo de carne jugosa con dos huevos fritos encima.

Sin perder un instante, Terencio de Aquitania les arrojó agua bendita mientras Solomón ponía delante de ellos las cruces. Tuvieron mucho trabajo en acostar al vampiro sobre la mesa. Gritaba que lo soltaran y que se llevaran toda la plata, el televisor, la ropa, y las cadenitas de oro. No le tuvieron piedad. Le abrieron la camisa y, mientras Solomón le puso la estaca en medio del pecho, Terencio de Aquitania le dio tres martillazos. El vampiro gritó y murió al instante. Eleusis de Aquitania corrió por toda la cocina gritando y pidiendo ayuda a los vecinos. Pero la atraparon y, escuchando sus terribles chillidos, le clavaron la estaca.

Solomón y Terencio de Aquitania se quedaron esperando que el vampiro se transformara en polvo y Eleusis de

Aquitania recobrara la belleza juvenil y la candidez de su rostro. Esto no ocurrió. En realidad, Eleusis de Aquitania nunca había sido bella ni su rostro había sido cándido alguna vez.

Para no desperdiciar los bifes, las papas fritas ni los huevos, Solomón y Terencio de Aquitania se sentaron a comer. Tomaron vino y, en la heladera encontraron queso y dulce de batata que comieron de postre. Completaron la cena con un café y una copa de coñac. Luego, se fueron de la mercería y se dirigieron a un prostíbulo para coger con unas putas.

A Terencio de Aquitania lo consideraron inimputable del asesinato de su ex mujer y de su nuevo marido. Lo encerraron en el manicomio. Tuvo suerte. Solomón retomó su carrera de psiquiatra y fueron sus argumentos los que convencieron al juez para declarar la inimputabilidad del acusado.

Terencio de Aquitania estuvo dos meses en el manicomio. Solomón le dio el alta y le entregó, como regalo de despedida, una valija con cruces, martillos, agua bendita y ajos. Así, Terencio de Aquitania pudo continuar con su lucha personal y secreta contra los vampiros que se propagaban por el mundo, dispuestos a dominarlo y establecer «El Reino Universal de los Vampiros». Acabó con muchos. Pero terminó derrotado. Se metió en la casa de Eugenio Marincovich, conocido como El Estrangulador. Terencio de Aquitania estaba a punto de clavarle la estaca, pero El Estrangulador se despertó. Le apretó el cuello con ambas manos y lo asfixió. Lo dejó ti-

rado en el suelo y siguió durmiendo. En la mañana, El Estrangulador llamó al portero, le dijo que metiera a Terencio de Aquitania en una bolsa y lo tirara a la basura. El portero le contestó que era demasiado grande para entrar en una bolsa. El Estrangulador le dijo que agarrara una sierra y lo cortara en pedazos. Al portero le pareció bien y Terencio de Aquitania terminó descuartizado.

****

Hasta los doce años, El Estrangulador fue un niño bastante normal. Excepto por su estatura y su peso. Medía un metro treinta y pesaba ochenta quilos.

En la calle, su madre lo hacía caminar detrás de ella porque la avergonzaba que la vieran con él. Su padre le hacía hacer ayunos de un mes con la esperanza que se muriera de hambre. No eran así con sus otros tres hijos. Les compraban los juguetes que ellos pedían y la madre les preparaba la comida que más les gustaba.

Nadie supo explicar el motivo pero, de una semana a la otra, El Estrangulador, que, entonces, se llamaba Pedrito Pico, creció cuarenta y nueve centímetros. En la semana siguiente, veinte centímetros más. De esta manera, Pedrito Pico llegó a medir 1.99 metros y a pesar ciento diez quilos. Con la fuerza que adquirió, decidió vengarse de toda su fami-

lia y, uno por uno, los fue estrangulando. Dejó para el final a su madre. A ella la levantó del piso con una sola mano y, mientras le apretaba el cuello, le daba trompadas en el vientre porque había quedado, nuevamente, embarazada.

La abogada que lo defendió presentó pruebas irrefutables: Pedrito Pico era un niño abusado y solamente se había defendido de una familia disfuncional.

Al ser menor de edad, no se le podía acusar de ningún delito así que, después de hacer una terapia psicológica de cuatro sesiones, quedó bajo la tutela de su tía Rosaura Castaño. Ella era una mujer tullida que andaba en silla de ruedas. Había quedado paralítica después que la penetrara Pija de Fierro. No solamente le rajó el culo, sino que le partió la columna vertebral. Ella fue buena, amable y cariñosa con Pedrito Pico. Pero, al poco tiempo de vivir con ella, Rosaura lo tenía harto con sus constantes atenciones. Cuando él estaba dormido, ella lo despertaba durante la noche preguntándole:

—Pedrito, ¿estás durmiendo bien? ¿Es cómoda esa almohada o te la cambio por otra?

Siempre que iba al baño, la tía Rosaura Castaño le golpeaba la puerta cada cinco minutos.

—Pedrito, ¿estás haciendo bien la caquita o estás medio durito de vientre? Querido, si querés, te preparo una compota de ciruelas.

Fue uno de estos llamados a la puerta del baño lo que produjo la reacción de Pedrito.

—Pedrito, chiquito, ¿la caquita es color marroncito claro o oscuro?

Pedrito salió del baño con los pantalones bajos y un sorete colgando de su culo.

Levantó a la tía Rosaura de la silla de ruedas agarrándola del cogote y se lo retorció como a una gallina.

—¡A ver si ahora puedo cagar tranquilo! —dijo, con el sorete, todavía, colgando de su culo.

A los pocos meses, se hizo luchador de catch y lo bautizaron El estrangulador. Tres o cuatro veces se le fue la mano y ahorcó a sus rivales en el ring. El público lo odiaba pero todo el mundo esperaba para verlo en acción. Antes de cumplir treinta años, entre catchers, vecinos molestos, y transeúntes con los que discutió, estranguló a sesenta y cinco personas, incluidas una monja, la madre superiora, una vieja jubilada que estaba mirando, y el cura confesor del convento.

Recién al cumplir cuarenta años, encontró al amor de su vida: Caupolicán Tinogasta, descendiente directo de la nobleza polaca. Sus abuelos habían huido de Europa y sus padres se radicaron definitivamente en el país. Caupolicán Tinogasta fue su único hijo y desde chiquito se vio que iba a salir puto. Ya de adulto, se hizo reputo. Puso una peluquería para mujeres y adquirió renombre atendiendo gratis a actrices

en decadencia. Conoció a El Estrangulador en una fiesta gay, se enamoraron y se fueron a vivir juntos a un dúplex propiedad de Caupolicán Tinogasta.

El Estrangulador había nacido puto pero lo ocultó hasta que no pudo resistir la tentación viendo una enorme pija en el mingitorio que estaba al lado del mingitorio donde él estaba meando. Ni siquiera le vio la cara al que tenía esa pija. Lo único que le importó es que se la metieron hasta los resortes y que, al fin, lo habían desflorado. Feliz con su culo roto y por haberse encontrado consigo mismo y con otros putos, no hubo un solo día en que no recibiera una pija por el culo.

Convertido en un puto recontraputo, se hizo asiduo participante de cuanta fiesta gay había. El encuentro con Caupolicán Tinogasta cambió su vida. Todo lo que deseaba era pasar el resto de su vida junto a él. Le tejió un echarpe, cosió los botones de sus camisas, le planchó la ropa, cocinó para él, tenía la casa hecha un primor y, al llegar, Caupolicán siempre lo encontraba bien arreglado.

Sin embargo, y a pesar de todo el amor que El Estrangulador le brindaba, Caupolicán Tinogasta tenía un amante. Un joven bailarín de ballet, sensible y delicado.

El Estrangulador fue a buscarlo para partirle el cuello. Pero, cuando el bailarín abrió la puerta de su departamento, El Estrangulador, al verlo, delgado, la cara angulosa, el cabello largo y teñido de color ocre, la piel tenuemente

bronceada, sintió una especie de corriente eléctrica que corrió por su cuerpo. Se enamoró a primera vista. Como el bailarín se negó a tener sexo con él, lo violó.

****

El bailarín, Floreal Rosales, siempre había sido protegido por la madre, Alelí Montes de Rosales. Fue ella la que llevó al niño a las primeras lecciones de danza y la que todo el tiempo le insistía en que entrenara con todas sus energías. Así, además de las clases de baile, el niño bailaba ocho horas diarias en su casa. El padre, Beto Rosales, que había sido arquero de fútbol hasta que perdió cuatro dedos con la sierra eléctrica de la carpintería en la que trabajaba, quería que su hijo fuera jugador de fútbol, pero la madre le enseñó a sentir asco de la pelota.

Beto Rosales dijo que el chico se haría puto con el modo en que ella lo educaba. Tuvo razón. Cuando Floreal Rosales cumplió quince años, perdió la virginidad con cinco compañeros de la escuela secundaria. Desde entonces, en todos los recreos, se lo cogían en el baño. Lo encon-traron y fue expulsado. Era una escuela católica y no aceptaban putos. Los cogedores de putos eran aceptados porque no se los consideraba putos, que solamente lo eran aquellos que se ponían adelante o abajo.

La madre del bailarín se puso contenta. El hijo podría dedicarse a bailar una mayor cantidad de horas y no estar perdiendo el tiempo con las matemáticas y la geografía. Beto Rosales se fue para siempre. Salió de la casa disfrazado para evitar la humillación de ser reconocido como el padre del puto del barrio.

El bailarín ingresó al ballet estable estatal y, muy rápido, ganó un lugar de importancia. Cuando conoció a Caupolicán Tinogasta, su vida dio un vuelco. Caupolicán tenía lo que él siempre había soñado: una poronga de treinta y cinco centímetros. Se enloqueció con él, fue a curanderos para hacerle trabajos y conseguir que se separara de su pareja, El Estrangulador, deseaba casarse con él y tener hijos comprados. Pero, al ser violado por El Estrangulador sintió una atracción tan poderosa por él como nunca antes había sentido. Uno y otro se daban por los ortos y se chupaban las porongas varias veces al día.

Caupolicán Tinogasta demoró un mes y medio en darse cuenta. Se estaban burlando de él y se reían a carcajadas a sus espaldas, según imaginó. Y era así. El bailarín y El Estrangulador, cuando acababan de enlecharse, empezaban a reírse y a hacer chistes sobre Caupolicán. Lo llamaban Cornudín y Cornelio. Justamente, se estaban riendo a carcajadas de él cuando Caupolicán Tinogasta entró al departamento del bailarín sin hacer ruido. Había

llevado un látigo y empezó a darles por el lomo. Los gritos y los pedidos de piedad, lo excitaron. Sacó su pija de treinta y cinco centímetros y se los cogió a los dos.

Después, le pegó ocho puñaladas a El Estrangulador. Pero no lo mató y El Estrangulador lo ahorcó con sus manos. El bailarín se desmayó del susto. En ese momento llegó su madre, Alelí Montes ex esposa de Rosales. Vio a El Estrangulador en medio de un charco de sangre y corrió al baño. Buscó alcohol, lo echó sobre el cuerpo de El Estrangulador y, encendiendo un fósforo, lo prendió fuego.

Mientras El Estrangulador ardía, Alelí Montes se aseguró de la muerte de Caupolicán Tinogasta metiéndole una aguja de tejer por una oreja y haciéndola salir por la otra.

—Vamos, Bebé —le dijo a su hijo—. Mira lo que te pasó por no vivir con mami. Desde ahora, nunca más te irás de casa.

El bailarín pasó los siguientes treinta años viviendo con su mamá y durmiendo en colecho. Ya tenía cincuenta y tres años y su madre, ochenta, cuando decidió independizarse. Sin decirle nada, compró un departamento y lo hizo decorar por su amigo íntimo, el arquitecto y diseñador de ropa, Elmer Arturo Padilla Bastia. Después de tratar el tema en terapia, consiguió el valor suficiente y se lo dijo a su madre. Alelí Montes esperó que su hijo se durmiera esa noche. Con una maza, le partió la columna vertebral en tres partes. Lo dejó paralítico para el resto de su vida.

—Acá está mamita para cuidarte, hijito —le dijo con una sonrisa mientras le daba el puré en la boca porque Floreal Rosales, el bailarín, quedó parapléjico y lo único que podía mover era la boca, los parpados, la nariz y un dedo de la mano derecha.

Alelí Montes se murió al año. Como mi una sola persona se enteró y Floreal Rosales no tenía a nadie que lo cuidara, se murió de inanición, todo cagado y todo meado. El arquitecto Elmer Arturo Padilla Bastia fue a visitarlo. Espió por una de las ventanas de la casa y vio a los muertos. Rompió la cerradura, fue en busca de las escrituras de la casa y del departamento.

Se contactó con un escribano sinvergüenza con el que siempre hacía negocios y puso las propiedades a su nombre. Para evitar la intervención policial y los trámites, consiguió un par de ayudantes que se llevaron los cadáveres y, en la oscuridad de la noche, los enterraron en el cementerio en tumbas N.N.

Elmer Arturo Padilla Bastia fue a buscar a su amante femenina de diecinueve años y viajó con ella a la Polinesia. Entró a un bar de Samoa y, sentado en una de las mesas, vio una cara conocida. Alzó los brazos saludando y fue a su encuentro. Había visto a Solomón Gothe tomando un jugo de víbora exprimido.

****

Elmer Arturo Padilla Bastía y Solomón Gothe se conocían del manicomio. Se habían escapado con unos pocos días de diferencia. Elmer Arturo, que, en realidad, se llamaba Benito Locatelli y, como su apellido lo mandaba, pertenecía a una antigua familia de dementes. Su abuelo se hacía llamar El Moderno Diógenes y vivía desnudo en un barril. Su abuela se hizo amazona y, como estaba convencida de ser lady Godiva, galopó desnuda en la prueba de saltos. Como estaba vieja, con las tetas caídas, el culo achicharrado, las piernas llenas de granos con pus y várices, el público presente la trató de loca de mierda, asquerosa y de ser una vergüenza para el hipismo.

Las hermanas mellizas de Elmer Arturo se dedicaron a la pesca de ballenas. Leyeron *Moby Dick* y las dos decían ser la esposa del capitán Ajab. Estando en alta mar, decidieron competir. La gana-dora sería la esposa legítima del capitán y la otra, su amante. La prueba consistió en sumergirse en el mar y aguantar la respiración. La primera que emergiera, perdía. Como tenían mucho amor propio y no les gustaba perder, las dos se ahogaron. Los marineros rescataron los cuerpos y aprovecharon la carne para usarla como carnada en la pesca de tiburones.

En cuanto a su padre, ejerció como juez y llegó a ser miembro de la Suprema Corte de Justicia sin que nadie advirtiera que era un ordenanza que limpiaba los pisos en los tribunales. Ejerció como juez hasta que asumió la persona-

lidad de Moisés y se presentó a dar un fallo llevando las tablas de la ley que escribió con un punzón durante la noche. La madre era ninfómana, cleptómana, dipsómana, y peluquera. Usó pintura de pared para teñir el pelo de cuatro clientas. Se volvió muy alegre y no dejaba de reírse las veinticuatro horas del día. Pasó un mes sin dormir, se subió a un techo y quiso volar como una mariposa. Volar, voló. Pero en sentido descendente. No le pasó nada porque cayó sobre una gorda que miraba una vidriera. Puso un puesto de flores y se fundió porque solamente vendía los tallos.

Elmer Arturo, alentado por su medio ambiente, desarrolló una poderosa personalidad demente. Lo encerraron en el manicomio once veces y las once veces se fugó. En el último escape, asumió la identidad del arquitecto Elmer Arturo Padilla Bastia. Se casó con una psicoanalista y consiguió una amante. Robó unos planos y levantó varios edificios. Pronto, se le reconoció como un innovador de la arquitectura moderna.

Al encontrarse con Solomón, se sintió como estando entre su familia. Recibiendo una súbita inspiración, le dijo a Solomón que pensaba construir un puente que uniera Hawai con Nueva Zelanda, doblara y llegara hasta Moscú, pasara por sobre las capitales europeas y llegara al centro de Nueva York.

—Necesito un ingeniero para este proyecto. Sos el mejor ingeniero que conozco. Quiero que seas mi principal colaborador.

Solomón aceptó de inmediato. Consiguió un falso título de ingeniero y, seguro de estar iniciando la construcción de una nueva maravilla del mundo moderno, se puso a trabajar a tiempo completo. Lo que, para él, era de 3 a 5 de la tarde, siempre que se hubiera despertado de la siesta.

El arquitecto Padilla Bastia y el ingeniero Gothe viajaron a Japón para conseguir los capitales que financiaran el puente. A los japoneses la cifra de doscientos noventa mil millones de dólares para el primer tramo, el que unía Hawai con Nueva Zelanda, les pareció aceptable, pero excesivo el presupuesto del segundo tramo. El arquitecto y el ingeniero viajaron a Rusia y la mafia rusa estuvo dispuesta a financiar el segundo tramo, con un costo de novecientos mil millones de dólares, a cambio de tener el control total de las autopistas y tránsito libre para el transporte de drogas.

Al recibir la primera remesa de dinero, el arquitecto Padilla Bastia y el ingeniero Gothe pensaron que para qué iban a estar gastando tiempo al pedo en construir un puente cuando tenían plata para vivir cien años sin trabajar. Se compraron un avión, consiguieron la tripulación, y se escaparon con ocho mujeres de veinte años y ocho niñas de doce años, según los gustos de Elmer Arturo y Solomón. Decididos a vivir la vida con intensidad, aterrizaron en el aeroparque de Buenos Aires, fueron hasta el Riachuelo en un micro que contrataron, pasearon en bote y llegaron con las mujeres y las niñas a

la Isla Maciel para pasar unos días inolvidables entre las casas de madera y chapa, los drogadictos, los chorros, las putas gordas y los travestis con pinta de albañiles. Lo tenían todo previsto. Habían llevado una carpa de circo que instalaron y comenzaron a disfrutar de la buena vida tal como la entienden los hombres que saben vivirla.

****

Pasado un mes, el arquitecto Elmer Arturo Padilla Bastia y el ingeniero Solomón Lothe se gastaron toda la plata. Teniendo una carpa, pusieron un circo. El primer día Los hermanos del Alma, anunciados como los más grandes trapecistas de la Isla Maciel, dieron su famoso triple salto mortal. Se mataron los dos.
El espectáculo igual continuó, como se acostumbra en el mundo de los artistas-comerciantes. Los payasos Ventosa y Canaleta hicieron su mundialmente conocido número de las pompas de jabón gigantescas. Le echaron poco detergente al agua y las pompas más grandes tenían el tamaño de una pelota de ping-pong y no duraban más de dos segundos flotando en el aire. Los chistes eran demasiado sutiles y el público no los entendió. Walkirio Tetín, ladrón y asesino que había pagado la entrada, sacó el revólver y les pegó un tiro en la espalda. Ventosa y Canaleta no pudieron seguir con la función y fueron trasladados a la pompa fúnebre. El domador de

leones estaba borracho y se sentía lleno de valor. De este modo, pudo salir a la pista. Como el circo no tenía leones, los empresarios consiguieron cinco gatos que encerraron en una caja. El domador abrió la caja, los gatos le saltaron encima y le arrancaron los ojos a arañazos.

Ciego, con la cara chorreando sangre, pidió auxilio. Walkirio Tetín le dijo: «Por acá, derecho», y lo hizo caminar hacia la puerta de salida. El domador siguió de largo, se cayó al Riachuelo y lo encontraron flotando a los tres días. Había tratado de nadar hasta la orilla, pero el griego Eugenio Mercunchio, violador y psicópata, que había salido esa tarde de la cárcel, pasó en un bote y le rajó la cabeza con un remo.

Con los números vivos diezmados, el arquitecto Padilla Bastia y su socio, Solomón Lothe quemaron la carpa para cobrar el seguro. Pero se olvidaron que no habían hecho un seguro. Completamente en la ruina, decidieron suicidarse comiendo dos chanchos con triquinosis. Asaron los cerdos y, desde el mediodía hasta la caída de la tarde fue el tiempo que demoraron en ter-minarlos por completo. Se comieron hasta los ojos y las orejas. A punto de reventar, entre quejidos angustiosos, cayeron al suelo con las panzas tan hinchadas como una embarazada de nueve meses. Se tiraron pedos y eructos durante toda la noche, cagaron quince veces cada uno y se quedaron dormidos hasta la tarde del otro día. Se

despertaron con hambre y se fueron a tomar un café con leche con medias lunas.

****

Después de salir corriendo del bar sin pagar, sentados bajo un ombú, decidieron cambiar de profesiones y dedicarse al cine. Filmarían una película de gran nivel artístico. Encontraron un capitalista, que no tenía un centavo pero que había encontrado una chequera en el asiento de un taxi. Con los cheques sin fondo, filmaron *Un instante después de un instante*.

Presentaron el film en el festival de Cannes. A cuatro cuadras de donde se realizaba el certamen, colgaron una sábana contra una pared y la exhibieron en la calle. La película tenía un solo actor, que era Solomón Lothe y que pasaba una hora y veinte minutos mirando un reloj. En la escena final, giraba la cabeza y, mirando hacia la cámara, escupía. Los críticos franceses consideraron a «Un instante después de un instante» como la porquería más grande jamás filmada. Esto catapulcó al film, que pasó a ser una obra de culto, como su director Francois Gudar, que antes había sido el arquitecto Padilla Bastia.

El éxito llenó de vanidad a Francoise Gudar y, primero, dejó de hablar con los críticos; después, con los actores,

y, finalmente, no le habló a nadie, fuera quien fuera. Como Solomón se cansó de hablar solo, se fue y abandonó a Francoise Gudar cuando estaba a punto de comenzar la filmación de *Un instante antes del instante*. Al estrenarse, los críticos dijeron que, aunque pareciera imposible, esta película había con-seguido superar como bodrio a la anterior. La llamaron El bodrio absoluto.

La fama de Francoise Gudar se extendió y su reticencia a hablar y a alejarse de todo el mundo, lo transformó en un mito viviente. Un grupo de argelinos, estudiantes de cine, fueron a verlo. Francoise Gudar se sentó frente a ellos, sin hablarles y mirando para otro lado. Le hicieron preguntas que no contestó. Durante la mayor parte de la entrevista, los estudiantes argelinos mantuvieron su admiración por él. Hasta que Franz Hanon, dijo:

—Este tipo es un pelotudo.

De inmediato, todos comenzaron a insultarlo. Francoise Gudar agarró la silla en la que estaba sentado y se la partió en la cabeza a Franz Hanon. Con una de las patas, golpeó a varios de los argelinos pero uno de ellos era un experto karateca. Le rompió las dos piernas y los brazos a Francoise Gudar. Les pareció poco y, agarrán-dolo de una pierna, empezaron a desmembrarlo. Le arrancaron los dos brazos y las dos piernas y lo dejaron en el piso después de patearle el pedazo de cuerpo que le quedaba.

Francoise Gudar abandonó el mundo del cine para siempre y se dedicó a mendigar sobre un carrito de ruedas al que impulsaba el perro que le alquilaba un turco. Solomón, que todavía estaba en Francia, lo encontró en una callejuela de París. Le dijo que no se preocupara que iba a ayudarlo para que saliera de esa vida miserable.

Solomón contrató a un español asesino que se encargó de cortarle el cuello a Francoise Gudar. Así, dejó la vida de humillación que estaba viviendo. Al morir, recuperó su fama y sus dos films ganaron el primer y segundo premio del festival de cine de culto de Montreal.

Decidido a regresar a su país, Solomón fue al puerto. Vio que cargaban cajas y que varias personas subían a un barco. Se puso entre los que iban embarcando y, pronto, se encontró rumbó a Egipto. Durante la cena, sentado en la mesa del capitán, se en-teró que era parte de una expedición arqueológica y que iban en busca de la tumba perdida de Atenopet Sin Número porque se desconocía todo de él. La única referencia sobre su existencia había sido el hallazgo fortuito del medallón con su rostro rodea-do de siete símbolos por completo desconocidos.

Mientras comía pollo al horno, mirando una foto del medallón, Solomón dijo:

—No son siete símbolos,sino uno. El que designa al Máximo. Es el Símbolo de los Símbolos. El Símbolo de

Dios. Indica el sitio exacto en donde se encuentra la tumba.

Todos dejaron de comer y lo miraron.

—La tumba está a unos quinientos pasos del lado egipciano de allá y a unos trescientos veinte del lado egipciano de acá.

Hubo un murmullo de admiración. El profesor Solomón Gothe había descifrado el enigma. A ninguno de los arqueólogos que componían la expedición les quedó la menor duda que se encontraban frente a la máxima autoridad mundial en egiptología, el profesor Solomón Lothe.

****

En Egipto, Solomón no soportó el calor y, mientras la expedición fue hacia el lado que él les dijo que estaba la tumba de no te-nía ni la menor idea qué faraón, conoció a una egipcia, Nefertiti Sófocles, que sacó dos pasajes de avión a Bolivia para huir con él.

Neferiti Sófocles estaba casada y era madre de seis hijos. Abandonó todo, incluida una vida de riqueza y comodidad, por Solomón y, recién al llegar a La Paz, se enteró que él nunca tenía erecciones. Nefertiti le preparó afrodisíacos pero a Solomón lo excitaron tanto como los caramelos de menta. Nefertiti era negra, alta, de cuerpo macizo y tetas y piernas de estatua. Solomón le dijo que no se le paraba porque estaba acostumbrada a las gordas con celutitis.

Nefertiti engordó cuarenta quilos y perdió para siempre las líneas de su cuerpo. Gorda, sin afeitarse las axilas, con la vagina sucia y olorosa, según le aseguró Solomón que lo excitaban las mujeres, después de comer cebolla y ajo, fue a la cama para ser poseída por el hombre con el que se había fugado.

Siempre de acuerdo a las indicaciones de su amado, Nefertiti se tiró unos pedos para aromatizar el ambiente y pasó una hora y quince minutos tratando que la poronga de Solomón se levantara.

—¿Qué pasa? Hice todo lo que me pediste —dijo Nefertiti.

Solomón le respondió que era imposible que se le parara con una mujer gorda y asquerosa, con olor a concha y pedos. Nefer-titi le apoyó su inmenso culo en la cara, se lo apretó y no dejó de tirarse pedos hasta que Solomón se desmayó. Creyendo que lo había matado, Nefertiti empezó a gritar y llorar.

Los vecinos llamaron a la policía y derrumbaron la puerta del departamento. Al entrar, encontraron a Solomón comiendo un durazno y a Nefertiti en un charco de sangre. Se había hecho un harakiri. Como no era mujer culta, confundió el ritual japonés y lo creyó egipcio.

Solomón la metió en un estuche de contrabajo que compró usado, y que le costó menos que un ataúd, y la mandó de regreso a Egipto con la ayuda de la embajada

egipcia para que el marido se encargara del entierro. Se quedó con las joyas de Nefertiti, su plata y su ropa, la que vendió por unos pesos que le sirvieron para comprar un pasaje de tren, otro de micro, y llegar a la Argentina.

****

Sentado en el cordón de la vereda, Solomón se rascaba los huevos mientras tomaba vino con un sorbete. Se le puso adelante Romeo el Degenerado. Lo llamaron de esa manera desde que se cogió a un perro.

Era bígamo. Sus dos esposas eran ciegas y sordomudas. Las hacía ejercer la prostitución y se quedaba con todo el dinero. Ellas recibían lo necesario para comer y no tenían más que dos bombachas como todo vestuario porque siempre estaban desnudas, preparadas para los clientes. Una de ellas intentó escaparse y el Degenerado, siguiendo la costumbre de los indígenas, le arrancó la piel de las plantas de los pies.

Le comentó a Solomón que andaba buscando una esposa más porque tenía muchos gastos y no le alcanzaba lo que las dos putas le hacían ganar. Solomón le recomendó secuestrar algunas niñas de once o doce años y hacerlas coger con quince o veinte clientes por días. Le sugirió, además, que buscara unas nenas de seis o siete años y las usara para pornografía infantil. Solomón, que se olvidaba de todo a las

once horas, a menos que se lo hicieran recordar, no tenía el menor recuerdo de haber hecho ese mismo negocio tiempo atrás. El Degenerado le dijo que era una pena haberlo conocido recién y no antes para que pudiera haberlo aconsejado como se debe.

Enseguida, puso en práctica las ideas de Solomón. Sacó un cuchillo y se lo puso en la garganta a una niña de uniforme escolar que iba con una amiguita. Saludó a Solomón y, como no tenía auto, tomó el colectivo. Las niñas secuestradas sacaron el boleto escolar y él dijo que era discapacitado. El colectivero se negó a dejarlo viajar gratis. Discutieron y llegaron a un arreglo. Lo acompañaría hasta el final del recorrido y, cuando se quedaran solos, sin los demás pasajeros, podría cogerse a las dos niñas. El colectivero aceptó. Al bajar todo el pasaje menos el Degenerado y las dos secuestradas, el colectivero se bajó los pantalones.

El Degenerado le cortó la pija de una cuchillada.

—¡Hijo de puta! ¿Te creíste que ibas a garcharte dos pendejitas vírgenes por un boleto de colectivo de mierda? ¡Mirá lo que te pasó? ¿Qué vas a hacer sin pija?

Las niñas se abrazaron a él, agradecidas. Tenían diez años y le contaron al Degenerado que se habían sacado fotos casi desnudas que pusieron en facebook y twitter. Le pidieron que las ayudara a ser buenas putas porque querían trabajar en televisión. El Degenerado se emocionó. No pudo

evitar sentirse el padre espiritual de las niñas. Las llevó a su departamento, en el que vivía solo porque a sus dos esposas las hacía trabajar en un galpón abandonado, las hizo fumar unos porros, les dio cocaína, y se las cogió a las dos juntas. Las niñas fueron desvirgadas por las conchas y los culos y se enamoraron de él.

A la semana, la policía, la familia y el periodismo las estaban buscando. Al Degenerado se le ocurrió pedir rescate. Los padres lo pagaron y él se quedó con la plata y las niñas. Un mes después, se acordó de sus esposas ciegas y sordomudas. Fue a verlas, pero las encontró muertas. Un asesino serial de ciegas las había degollado llevándose los ojos.

El Degenerado decidió poner en internet las fotos de las niñas ofreciéndolas para toda clase de perversiones. Las niñas estaban encantadas. En poco tiempo, les hicieron tragar meadas, les cagaron el el pecho, las ataron en la cama y las quemaron con cera de velas, las golpearon con cinturones, las hicieron tener sexo con perros (el Degenerado aprovechó y se cogió un bóxer y un dálmata), y con negros africanos con miembros viriles de cuarenta centímetros. Con este aprendizaje, supieron de la vida todo lo necesario. Se independizaron del Degenerado trabajando por propia cuenta. El Degenerado quiso retenerlas, pero las niñas lo degollaron mientras dormía.

****

Caminando por la calle, Solomón se encontró con el mentado Alfonso Rompe Culos, que ganara fama como gran cogedor de putos. Estaba meando contra una pared. Solomón se puso a mear a su lado y, mientras hablaban de la humedad y de si iba a llover, Alfonso Rompe Culos, considerado el máximo exponente ame-ricano de las meadas contra paredes, terminó de escribir su nombre con pis, incluida la rúbica. Solomón no pudo menos que expresarle su admiración y lamentar que este arte fuera efímero.

Alfonso Rompe Culos le dijo que había hecho obras superiores. En algunas de sus meadas contra paredes, había dibujado la Casa Rosada, con puertas y ventanas; un bosque de pinos; y dos gatos, aprovechando que tenía unos que estaban cerca y a los que tomó como modelos.

Alfonso Rompe Culos había ganado fama desde niño. Durante años, recibió desafíos de meadores de distintos países sin que ninguno pudiera derrotarlo. A tres metros de distancia, con los ojos vendados y embocando en el pico de una botella de coca cola de dos litros, la había llenado por completo sin que resbalara ni una gota. Después de esta hazaña, no hubo meador que quisiera competir con él y se convirtió en una leyenda. Cuando entraba al baño de un bar, se juntaba una multitud para verlo mear o para romper un culo.

En este aspecto, hubo ciertas dudas. Muchos sostenían que Alfonso Rompe Culos le había introducido su enorme poronga a borrachos indefensos y a individuos que eran bien hombrecitos hasta que sus anos fueron penetrados sin piedad. Un testigo aseguró haber visto cómo Alfonso Rompe Culos le rompió el orto, sin consentimiento alguno, a Ludovico Visconti, director de la revista católica *Dios te ayude* en la que, siguiendo las ideas de un cardenal, pregonaba la creación de ghetos alambrados para los putos. Sus editoriales hablaban de «seres perversos y anti-naturales» y aconsejaban matarlos apaleándolos, como se había hecho con los judíos en la dorada época del nazismo.

Al parecer, después de la rotura de culo, quiso vengarse. Fue a buscar a Alfonso Rompe Culos para matarlo a tiros. Pero, cuando lo tuvo frente a él, quedó paralizado. Alfonso Rompe Culos lo tomó de un brazo, lo metió en la pieza y le bajó los pantalones. Lo tuvo toda la noche dándole sin asco y, según se comentaba, esa fue la razón por la que Ludovico Visconti cerró la revista *Dios te ayude* y creó *Mundo Gay*, en la que escribía notas sobre la moda masculina europea y reportajes a reconocidos homosexuales.

Pocos días después del encuentro con Solomón, llegó el final para Alfonso Rompe Culos. Le empezó a funcionar mal la próstata. Meaba a cada rato y de a chorritos. El que fuera gran mea-dor, se convirtió en un mediocre que

únicamente producía mea-ditas. Afectado psicológicamente, le apareció la impotencia sexual y dejó de tener erecciones. Él mismo dijo que tenía pija al pedo.

Solomón le dio la idea de operarse. Alfonso Rompe Culos le hizo caso. Le sacaron la pija y los huevos, le pusieron una concha artificial y unas tetas.

Se hizo llamar Alfonsina y se paraba en las esquinas a levantar tipos que quisieran pasar momentos agradables con un trans. En agradecimiento, se la chupó a Solomón. A la media hora, empeñado en hacérsele parar, se saco la den-tadura postiza y siguió por cuarenta minutos más. Con el cuello y las mandibulas acalambradas, como le pasaba a todas las que se la mamaban a Solomón, desistió. Quiso convencerlo para que se convirtiera en mujer pero Solomón no lo escuchó porque tenía ganas de hacer caca y se fue atrás de un cantero de la plaza.

Un policía le dijo que ahí no se podía cagar y que limpiara lo que había ensuciado. Solomón agarró los soretes con la mano, se los metió en el bolsillo del saco y se fue a comer una milanesa a la napolitana, Antes de entrar al restaurante, miró para qué lado era más conveniente salir corriendo después que se fuera sin pagar.

****

Cansado de escapar corriendo, Solomón decidió iniciar una vida nueva. Fue al aeropuerto de Ezeiza y esperó pacientemente. Al fin, vio lo que buscaba. Un baúl. Lo robó. Tiró la ropa y se metió adentro. Viajó en la bodega del avión. En la mitad del viaje, estuvo a punto de morir asfixiado con sus propios pedos. A patadas, abrió un boquete en el baúl, sacó la cabeza y se sintió un hombre nuevo. Salió del baúl y comenzó a abrir todas las valijas.

Encontró bebidas, dinero, joyas y drogas. Metió todo en una valija y lamentó que no hubiera nada para comer. Al menos, con todo lo que se robaba tendría para unos meses de buena posición económica en el país al que estuvieran yendo.

Cuando hicieron la descarga, Solomón se había vuelto a meter en el baúl. Esta vez, con la valija y los objetos y el dinero robado. Salió por el agujero del baúl y fue a la aduana. Al llegarle el turno, salió corriendo. Como estaba bien entrenado, pudo evitar que lo atraparan. Paseando tranquilo en busca de un hotel, se encontró con la torre Eiffel y se dio cuenta que estaba en Francia.

Una semana después, en los Campos Elíseos, hizo una arenga contra la filosofía. En días, los franceses lo llamaron el «Padre de la Antifilosofía» que, como Sócrates, nunca había escrito ni escribiría un libro. Jean Marie Durand, tomó notas de sus conferencias y, como su intérprete y «comprendedor» desarrollaría su pensamiento en varios libros

fundamentales para el pensamiento sin pensamiento, que era la hipótesis central del sistema lotheano. Su tesis se incorporó a la carrera de filosofía de la Sorbona, donde fue nombrado profesor honorario y doctor honoris causa.

Cuando dijo su discurso de agradecimiento en una sala de la universidad atestada de eruditos, Solomón miró al público. Hizo un largo silencio. Primero, lanzó un eructo de gran efectividad. De inmediato, un pedo sonoro que comenzó en un tono grave, terminó en agudo, y completó con dos peditos junto a los que se les escapó un poco de caca. Fue ovacionado de pie. Su eructo y su pedo fueron considerados el ejemplo más elevado y la perfecta síntesis de la antifilosofía y la oposición a todo pensamiento pensado.

Con todo lo que le preguntaban y los homenajes que recibía, le reventaron los huevos. Se puso a caminar y llegó a Reims, dobló a la derecha y siguió hasta Troyes. Pasó de largo y le dio derecho para Orleans y de, ahí, a París. Estaba en el punto de partida. Demoró dos años en ir y volver. Se unió a unos ladrones y planearon asaltar una joyería. Solomón no tenía ganas de trabajar demasiado. Desistió de robar la joyería, esperó que los ladrones se quedaran dormidos, les quitó todo el dinero y se escapó.

Con la plata, puso una velería. En un mes, vendió cinco velas. Harto de tanto sacrificio, cerró el negocio y decidió alejarse de París, esta vez, para siempre. De nuevo,

comenzó a caminar. Un mes más tarde, había llegado a España. Dudó entre hacerse bailaor o torero. Entonces, se le ocurrió conseguir una carabela, como las de Colón y volver a América.

Interrumpimos el ameno relato.

En este momento, acabamos de comprender que el viaje de Solomón Lothe en carabela hacia América nada tiene que ver con el encuentro de Mirklo Djanovic y Amélie Bailly-Durand y su aparición, un día más tarde, desnuda, drogada y alcoholizada, en un barril de vino.

Comprendemos, entonces, que, entre los múltiples caminos que el destino pudo haber elegido para reunirlos no es este que hemos seguido. Sin duda, nos hemos equivocado y lo reconocemos con nuestra proverbial humildad.

De modo que nos pro-ponemos investigar otro de los posibles caminos elegidos por el destino. Como en este momento no tenemos ganas porque no tenemos ganas y listo, dejamos para otra ocasión la búsqueda de las razones que condujeron al encuentro de Mirklo Djanovic y Amélie Bailly-Durand, en el puente de Rialto, sobre el Gran Canal. Sin duda que, por un tiempo, permanecerá como un misterio el modo en que Amélie quedó adentro de un barril de vino Amarone en un oscuro callejón de Venecia.

Que tengan una buena vida. Hasta cualquier momento.